

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 225
ISSN: 0188 - 381X

C
N
M
D
O
N
A
T
E
S




culturaUNAM



UNAM
La Universidad
de la Nación



punto
de partida

No. 225

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Redacción: E. Ramírez
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Asistencia de diseño:
Vera Granados Orendain
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

ENERO — FEBRERO

EDITORIAL



UN MUNDO
ANTES

CONCURSO 51
DE PUNTO DE PARTIDA

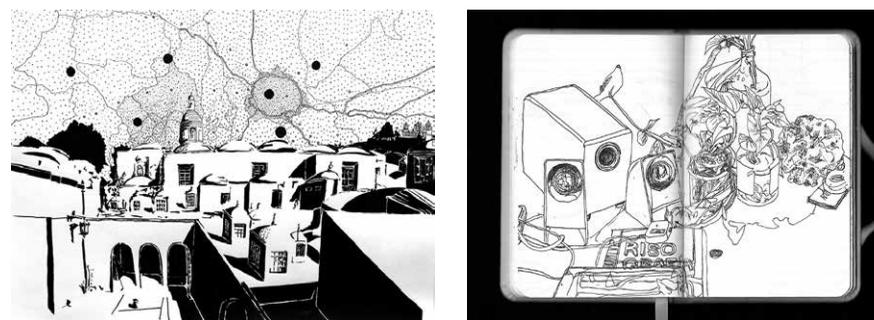
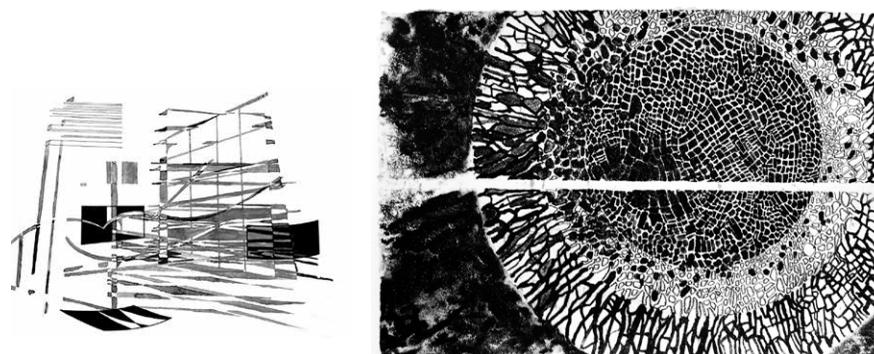
Editorial 5

Los hijos del bicho. Mateo Peraza Villamil 8
Invisibles. Raymundo Cordero Castro 15
Dormidos en el metro. Miguel Ángel Martiñón Calzada 19
Lejanía. Elías Rodrigo Gutiérrez Reyes 24
Lucine en espirales. Arturo Diez Gutiérrez 29
Cascada. Ricardo Guerra de la Peña 33
A la orilla del lago. Natalia Bassoco Ruiz Esparza 37
El camino. Mario Alberto Arroyo Arévalo 39
Obra negra (homenaje a Posada). Eduardo Barrera 41
Motivos de fe. Leslie Hernández Conde 44
Periscopio. Marco Antonio Toriz Sosa 47
Abolir la parcialidad. Arturo Molina Hernández 57
El óleo y el cadáver. Roxana Cortés Molina 65
Ese algún otro pude ser. Carlos Ignacio Sánchez Ramírez "Emir" 74
La puerta del viernes de Tahar Ben Jelloun.
Dulce María Quiroz Bustamante 79
La travesía y El sueño de Nathacha Appanah.
Ana Lucia Navarrete Rosas 83

Colaboradores 88



Eduardo Barrera (Ciudad de México, 1992). Artista visual, dibujante y agente cultural independiente. Estudiante de la maestría en Artes Visuales en la FAD UNAM. Ha sido parte de diversas muestras colectivas e individuales. Su trabajo se ha publicado en la UNAM, *WorstSeller* y *Adaptive Actions*. Es colaborador de *La Trampa Gráfica Contemporánea*.



CONTRAPORTADA



Miguel Ángel Martiñón Calzada (Ciudad de México, 1999). Estudiante de la FCPys. Periodista, fotógrafo y escritor.

[miguelangel.martinoncalzada](https://www.facebook.com/miguelangel.martinoncalzada)

Editorial

Esta edición reúne los trabajos galardonados en el *Concurso 51 de Punto de partida*. Todos ellos fueron creados cuando “la normalidad” no era nueva, ni vieja ni especial —acaso siempre compleja—. En un ánimo de mantener esa sintonía, los acompañan obras de nueve artistas gráficas que trabajaron en torno al tema UN MUNDO ANTES. En los textos que aquí presentamos hay voces nostálgicas y voces críticas, retratos de infancia y otros de las caras menos agradables de nuestra humanidad.

Mateo Peraza Villamil es el ganador del primer premio en Crónica por “Los hijos del bicho”, texto doloroso que denuncia la marginación social e institucional de las personas que viven con VIH y SIDA en Yucatán. El segundo, otorgado a Raymundo Cordero Castro, corresponde a la crónica “Invisibles”, un relato de la experiencia iniciática de dos jóvenes en el mundo *underground* capitalino.

Ritmos opuestos de esta ciudad convulsa atraviesan los trabajos seleccionados en Fotografía: asientos incómodos, andenes repletos y horas pico son el trasfondo de los retratos *Dormidos en el metro*, de Miguel Ángel Martiñón Calzada, primer premio. El segundo es *Lejanía*, de Elías Rodrigo Gutiérrez Reyes, una serie donde la emergencia protagoniza los instantes capturados.

Continúan esta entrega los ganadores en Cuento: “Lucine en espirales”, de Arturo Diez Gutiérrez, y “Cascada”, de Ricardo Guerra de la Peña. En ambos la atracción es central, en un texto da lugar a la obsesión y en el otro es un descubrimiento. Natalia Bassoco Ruiz Esparza es la ganadora del primer premio en Cuento Breve por “A la orilla del lago”, una historia fresca que sin duda provocará una sonrisa a quien la lea. “El camino”, de Mario Alberto Arroyo Arévalo, segundo premio, es una reseña de un suceso inédito en torno a un filme ficticio.

Eduardo Barrera fue acreedor del primer lugar en Gráfica por *Obra negra (homenaje a Posada)*, una serie de grabados que desnudan algunos edificios emblemáticos de esta metrópoli. El segundo fue otorgado a Leslie Hernández Conde, quien a través de una técnica mixta trae a cuenta los *Motivos de fe* de distintas culturas.

Los ensayistas ganadores dan cuenta de fenómenos sociopolíticos que se manifiestan en lo más íntimo de nuestros días. En “Periscopio” Marco Antonio Toriz Sosa reflexiona sobre la omnipresencia de los medios de vigilancia y control que, casi sin encontrar resistencia, hacen de nuestra privacidad mercancía. Por su parte, Arturo Molina Hernández aborda en “Abolir la parcialidad” la complejidad social y emocional que implica tomar postura frente a hechos en los que se sobreponen lo coyuntural y lo sistemático.



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



TRADUCCIÓN



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

Le siguen dos poemas que se entretajan con experiencias y versos de otras y otros poetas: “El óleo y el cadáver”, de Roxana Cortés Molina, ganadora del primer premio, es una respuesta a la herida del silencio que desemboca en una búsqueda de la propia voz. “Ese algún otro pude ser”, de Carlos Ignacio Sánchez Ramírez “Emir”, segundo premio, es una suerte de homenaje a maestros del universo poético.

Cierran esta edición las traducciones de Dulce María Quiroz Bustamante, ganadora por su versión de “La puerta del viernes” de *L'enfant de sable* de Tahar Ben Jelloun, y Ana Lucía Navarrete Rosas, segundo premio por “La travesía” y “El sueño”, fragmentos de *Breve elogio de los fantasmas* de Nathacha Appanah.

Un mundo antes también es el título de la serie que nos comparte Sara Herrmann Estudillo, imágenes de lo que antes nos era tan cotidiano y, por el momento, tan añorado. En la parte gráfica encontrarán dibujos de Alondra Demari Guzmán Hernández, Alma Rosa Robledo Gaspar, Ixcheltl Ro y Ana Vargas; *collages* de Daniela Guzmán y Miranda Guerrero, fotografías de Cecilia Andrade y técnicas varias de Viridiana Santamaría.

Queridas y queridos lectores, que en estos tiempos aciagos la calma, el bienestar y la alegría estén presentes. Espero que disfruten la creatividad que fluye en estas páginas. 📖

Aranzazú Blázquez Menes

CONCURSO 51





Los HIJOS DEL BICHO

MATEO PERAZA VILLAMIL

Crónica: Primer premio

1

Un hombre se arrastra pecho tierra y muere a mitad de la calle. Agonizaba solo y de noche, incapaz de pedir ayuda. ¿Qué habrá visto antes de terminar en dirección a la luna? Encontraron su cuerpo demacrado frente al Parque de Santa Ana, uno de los más emblemáticos en la ciudad de Mérida, Yucatán. Nadie quiso alejarlo del tráfico. Alrededor se montó un cerco de curiosos hasta la llegada de dos personas. Hubo quien movió uno de sus brazos con un palo.

Antes, el hombre pasó dos días en una camilla rudimentaria, como de trincheras de guerra, instalada en un terreno baldío. Dos de los activistas por los derechos de la salud sexual más importantes en el estado de Yucatán, Carlos Méndez Benavides y Sandra Peniche, la construyeron tras encontrarlo inconsciente en una banquetta. Estaba enfermo de sida. Lo rechazaron en los hospitales públicos.

“Es uno de los primeros casos registrados en el estado a principios de los noventa”, precisa Carlos Méndez, quien pagó un féretro para el difunto. Un maestro al que abandonó su familia tras descubrir su aficción.

Condujo hacia el Palacio de Gobierno, el féretro sacudiéndose sobre la bodega de una camioneta Toyota. Solicitó a los funcionarios, entre ellos una priista inveterada, la entonces secretaria de Gobierno, Myrna Hoyos, que pagaran la cremación o, siquiera, el entierro. Pero se negaron. No había protocolos ni obligaciones gubernamentales para atender a las víctimas de una enfermedad que superaba las decenas de miles de muertes a nivel mundial. Carlos Méndez le dijo a la funcionaria:

“Pues te dejo el féretro aquí, afuera de tu oficina, para que se hagan responsables”.

“¿Cómo vas a hacer eso? No, no, llévatelo”.

Myrna Hoyos sacó la cabeza por la ventana. Luego de ver el féretro lustroso, delgado, sobre la banquetta, aceptó cubrir ella misma los gastos.

Más de 20 años después del primer caso registrado, Carlos Méndez Benavides está en la cocina del albergue Oasis de San Juan de Dios, ubicado en el municipio de Conkal, el cual atiende bajo su dirección a los portadores de VIH provenientes de los 106 municipios de Yucatán. Es un hombre rollizo, canoso, alto en relación con la estatura promedio de los yucatecos. Viste una playera polo roja, y una cruz católica, gigantesca, cuelga de su cuello coriáceo. La cocina huele a medicamentos. Al fondo del pasillo una gata reposa dentro de un huacal con sus crías pegadas al vientre. Tres niñas la observan y le ofrecen alimento. El sitio, pese a todo, rezuma vida.

“Hubo navidades donde [sic] no teníamos abasto. Estábamos en la cena de navidad y había muertos, recién muertos, en cada uno de los cuartos. Cinco, seis, varios. Las familias velaban a sus muertos y luego las invitábamos a cenar. Llegamos a tener siete muertos por mes”, dice tranquilo, acostumbrado a los temas que conciernen a la tristeza y el olvido.

En el marco de un repunte de las personas infectadas de VIH en Yucatán, que alcanzó el tercer lugar por nuevos contagios a nivel nacional, el testimonio de Carlos Méndez habla sobre un problema de salud que desde hace 20 años visumbraban activistas y organizaciones no gubernamentales, y que fue sistemáticamente ignorado por el gobierno.

Él, vinculado con redes de activismo a nivel internacional y con médicos especialistas de la Organización Mundial de la Salud (OMS), señala que los nuevos casos (poco más de 400 según el último informe de la Secretaría de Salud del estado de Yucatán, publicado en 2019) son inexactos. Refuta que, de acuerdo con la curva epidemiológica, y considerando los contagios no registrados —pues hasta la fecha los archivos clínicos se manejan por entidades federativas y no existe una base de datos general y digital—, la cantidad debe de ser entre cuatro y cinco veces mayor. Estima que actualmente hay por lo menos 40 000 casos de VIH en el estado, lo que contrasta con los apenas 3 000 que apuntaron las autoridades.

Luego de poner café y galletas sobre la mesa, y de comentar que una herida en su pierna derecha no cede, Carlos narra que el proyecto del albergue se inició bajo el disfraz de una fundación que apoyaba a músicos jóvenes. A través de esta dinámica reunió fondos. “Hubo bienhechores [benefactores]”, dice, “que sostuvieron económicamente el germen de este proyecto sin saber que su altruismo se destinó a un tema más importante”.

Como escribió Susan Sontag en *El sida y sus metáforas*, la interpretación de la sociedad y de la medicina sobre la enfermedad ocurre desde un plano metafórico, de carácter militar, con el fin de incentivar su erradicación. El virus como el enemigo. Como un invasor sacado de la ciencia ficción. Esta lógica nos ha hecho considerar a los enfermos de sida “enemigos” de la salud pública. Desde una mirada conservadora, y retomando la crítica de Sontag: gente infecta, cuya condición inmunológica es culpa de su libertinaje sexual.

2

Como parte de un largo anecdotario de historias sobre discriminación, Carlos Méndez cuenta el caso del hombre *keken* (palabra maya que significa “cerdo”). En 2001 recibió una llamada. Le dijeron que una familia de la comisaría de Sitpach encadenó a uno de sus hijos a un gallinero. El sujeto comió —durante un año completo— de un bote plástico en el que se hubo guardado un litro de yogurt. Con ese mismo bote recogía agua de lluvia para bañarse. Con ese bote intentó quitar las costras de mierda y tierra que habían cicatrizado otras costras de mierda y tierra sobre su piel desnuda. La mirada perdida. Nadie supo, en primera instancia, si podía responder en español.



Carlos Méndez exigió a la familia que lo soltara.

“Sí”, contestó su madre, “pero le va a costar 200 pesos”. Entre lágrimas, pagó.

El sujeto, identificado como Juan Gerardo, se infectó de VIH en su primera relación sexual, a los 17 años. Luego de vivir en condiciones inhumanas, se comunicaba como un animal, se comportaba como uno. Según Carlos Méndez, repetía constantemente: “Soy un *keken*, soy un *keken*, me lo merezco. Dice mi mamá que me lo merezco”. Pasaron meses. En el albergue, a la hora de la comida, Carlos lo encontraba en el interior de los corrales, donde el hombre insistía en comer directo de la tierra, casi desnudo y con las manos. Le dieron terapias especializadas, tomó conciencia de las vejaciones que vivió y, luego de una serie de episodios depresivos, tratamientos con retrovirales e intentos de suicidio, pudo salir adelante. Se independizó y abandonó el albergue con su pareja.

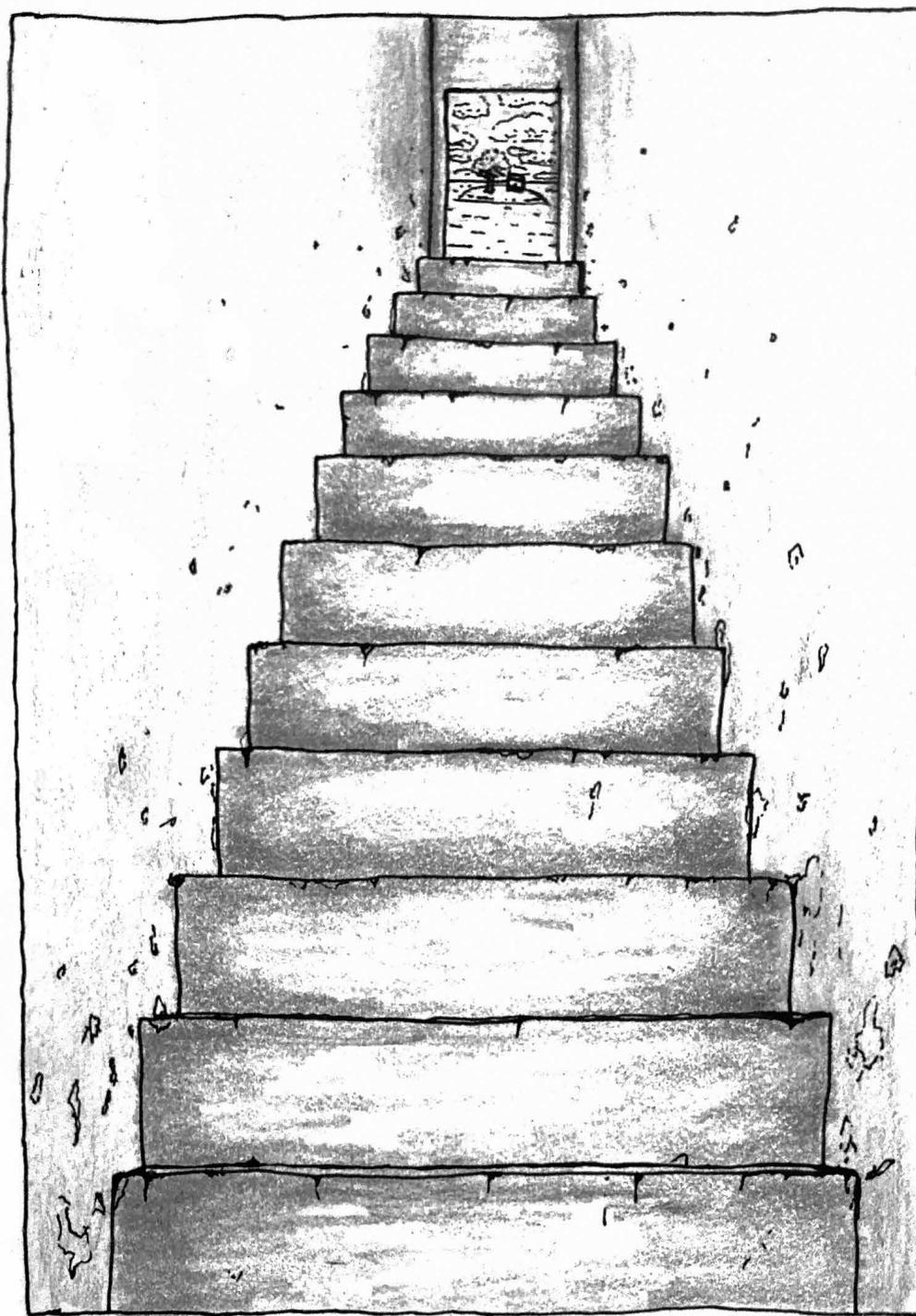
3

La OMS señala que el sida pudo originarse en África en los años treinta. Sin embargo, fue cinco décadas más tarde cuando en el sur de California y Nueva York se analizaron los primeros grupos de enfermos por sarcoma de Kaposi y *Pneumocystis jirovecii*, cuya aparición conjunta detonó el interés de la ciencia.

Desde el comienzo incluyó el estigma, la satanización religiosa. Médicos reconocidos propusieron el nombre *Gay-related immune deficiency* (Inmunodeficiencia asociada a la homosexualidad). La prensa bautizó al síndrome como “la peste rosa”, atribuyendo su origen a los homosexuales. No obstante, los científicos tardaron poco en reparar que la transmisión también sucedía entre consumidores de drogas y receptores de transfusiones sanguíneas, entre haitianos y personas heterosexuales del África subsahariana, donde todavía es una de las mayores crisis de salud. La denominación final fue *Acquired Immune Deficiency Syndrome* (Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida), registrada oficialmente en 1982.

Hasta la fecha, más de 39 millones de personas murieron por la infección a nivel mundial, mientras que 37 millones viven con el virus y más de 25 millones reciben tratamiento, según cifras de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Pese al reconocimiento mundial del sida como un tema prioritario, en las zonas alejadas de las capitales, en las ciudades pequeñas, periféricas o simplemente llamadas provincias, la imposición de una cultura católica y apegada a principios conservadores, mismos que se reflejan en las cúpulas gubernamentales, produjo un clima de desatención, rezago y, peor aún, un repunte epidémico dada la falta de programas de atención, de prevención y de salud sexual.



Alendra

4

Así como Sontag, Carlos Méndez también creó su propia metáfora en favor de los portadores del virus: la Fundación Alegría, que luego de unos años se volvería el albergue Oasis de San Juan de Dios. Me revela que uno de los primeros casos de sida en Yucatán, junto con el del maestro que murió a mitad de la calle —hecho que no tiene registro en las hemerotecas locales—, fue el de su primo, quien lo contrajo en Estados Unidos:

Uno de los primeros casos es el de un primo hermano. Lo detectan acá, luego de traerlo de Estados Unidos en 1982. Otro caso fue detectado aquí, en Mérida, el de un maestro que murió en la calle. Se comenzó a difundir que la epidemia era únicamente entre homosexuales. Había cinco o seis homosexuales detectados en Nueva York. No se llamaba VIH en esa época, sino AIDS, que significa Síndrome de Inmunodeficiencia Humana [*sic*], algo que hasta hoy no se entiende muy bien porque piensan que es una enfermedad, pero no [lo] es, sino un complejo de enfermedades, un síndrome. Enfermedades raras, además, que suelen salir y aparecer dependiendo del medio donde se desarrolla el sida; en África, por ejemplo, son distintas. Hay una lista de enfermedades que se catalogan y pueden tener lugar. Si la persona tiene sida, entonces habrá una forma específica de manifestarlo. Incluso aparecen enfermedades que ya están erradicadas, contra las que ni siquiera existe una vacuna, un tratamiento. Cuántas personas no murieron, primero ciegos, luego destrozados de todo el sistema intestinal. Vomitaban sus vísceras. Esto por el citomegalovirus, porque no había cura para él.

5

Los niños que viven en el albergue lo apodaron Papá Carlos como una forma de reponer la ausencia de sus padres. Pero uno de esos niños —“los hijos del bicho” (bicho/sida), como los nombró un conductor del transporte público— ya no está aquí. Se fue hace dos años a Morelia.

El chico, oriundo de la Ciudad de México, era hijo de un policía de la extinta Procuraduría General de la República (PGR). El hombre, dice Carlos Méndez, trabajaba para un grupo de choque, es decir, un comando policial cuyo fin era entrar por la fuerza a casas de seguridad, asesinar a las personas en el interior, robar los objetos de valor y salir antes del peritaje.

Por lo tanto, a su llegada, el hombre tenía un reloj de oro, una cadena con diamantes en el cuello. Vestía botas y la última muda de ropa de marca que le quedó sobre un cuerpo apergaminado y enjuto.

“El hombre contrajo la enfermedad y contagió a su esposa. Al paso de los años, el estado de salud de ambos se deterioró y circularon por otros estados del país, haciendo pequeños trabajos en tiendas, en construcciones, ocultando su identidad”, dice.

Alondra Demari Guzmán Hernández. Escaleras



Terminaron en el albergue Oasis de San Juan de Dios. El hombre falleció a los pocos meses. Antes, en pésimo estado, quiso darle la cadena y el reloj a Carlos. Sucedió lo mismo con la mujer, y ella también le ofreció los objetos como un pago mínimo para proteger a su hijo.

Huérfano, el activista crió al niño. Como a otros infantes en esa situación, lo inscribieron en la primaria de Conkal. Pero dada la ignorancia y los estigmas perpetrados por la ausencia del gobierno, su educación se truncó por el acoso.

Carlos recuerda que el hijo de la alcaldesa, un chico de ocho años, le dijo en un arranque de superioridad: “Eres como la mierda de caballo. ¿Sabes por qué? Porque aunque te limpies, aunque te echen cloro, siempre olerás a mierda”.

A esto se sumó el rechazo de los pobladores del municipio a la gente del albergue. Para la redacción de esta crónica el sacerdote de la iglesia de Conkal se negó a dar declaraciones. Un amigo cercano al archivo histórico de la misma iglesia, quien le hizo el planteamiento, dice que su rechazo fue categórico. “¿Para qué voy a hablar de ellos?”, comentó.

El niño se encerró un día completo. Por la noche, luego de percatarse, Carlos Méndez intentó abrir su puerta a la fuerza. No pudo. Uno de los residentes, un expandillero en una etapa avanzada de la infección, con un tatuaje de la Sur 13 entre los omóplatos, logró abrirla a patadas. Adentro, el niño se había defecado encima; con sus propias heces escribió en la pared: “Soy como la mierda del caballo”. La sensación de sentirse como animales. El rechazo como una pared que cae y aplasta cualquier resquicio de dignidad. Al final fue adoptado por una tía, quien se lo llevó a Morelia.

6

El apellido de Carlos y su primo hermano —el segundo caso que se conoce de sida en la entidad— es Benavides, de origen español y cuya línea principal fue una de las casas más antiguas e importantes de la nobleza. La traducción del árabe es “hijo de guerrero valiente”.

Hoy, dice, sólo quedan tres de la familia. Fueron muy unidos. Varios de ellos homosexuales declarados en una época de conservadurismo recalcitrante. Cuando el primo llegó del extranjero, hicieron un esfuerzo conjunto por investigar el origen del sida.

Había otras personas, también cercanas, infectadas. Precisa que en esa época los enfermeros llegaban con trajes de control biológico para llevar a su primo al hospital, y que le daban la mano con guantes. Entonces crearon la fundación y consiguieron los viajes al extranjero para investigar.

Tuvimos reuniones para traer a mi primo de Estados Unidos para salvarlo. Muchos de nosotros éramos homosexuales en la familia. Unos decidieron apartarse y otros apoyar. Entendíamos que a nosotros nos iba a tocar porque era una pandemia, era la ruleta rusa de los homosexuales. Todos íbamos a morir.

Cuando México comenzó a liberar información sobre el VIH, en el año 85, hubo un problema grave porque aparecieron más casos: teníamos ya cinco o seis amigos

infectados y no podíamos encontrar información porque México crea el famoso “arco de silencio” que duró 10 años y clasificó la información como seguridad nacional en vez de emergencia nacional. Y en esa época el CISEN [el extinto Centro Nacional de Inteligencia] monitoreaba las pláticas sobre el tema, los intercambios de información. Todo.

Entonces se formó un grupo para traer la información. Un amigo, José Luis Matú, y yo conseguimos unos bienhechores y también lana para ir a Europa. Él, que sabía idiomas, se fue por la información: a los congresos, a entrevistarse con asociaciones. Trajo libros, comenzamos a estudiar, compartimos información con otros doctores. Luego se establece un grupo de investigación en el Hideyo Noguchi, en los noventa, en el departamento de hematología. Ahí se traen las primeras máquinas ELISA. Pero cuando quisimos salir a la luz pública tuvimos que aguantar, porque para traer la información hubo que crear una asociación civil de arte y cultura, una fachada; hablamos con grupos empresariales, comenzamos a organizar concursos y dar premios, a estar cerca de políticos y pedir más fondos. Había incluso otros países que mandaban competidores a nuestros concursos. Ya teníamos un festival bien preparado. Y eso nos permitió viajar, financiar la investigación, ayudar a la gente que se enfermaba. Conseguimos becas para gente afectada que quería estudiar música y artes.

Con los fondos, Carlos Méndez compró la quinta donde hoy se encuentra el albergue que encabeza desde hace más de 20 años. Los últimos bienhechores, todos extranjeros, han muerto. Para este 2019 los recursos son más que escasos y él debe elegir, cada seis meses, quién podrá y quién no recibir los retrovirales.

Sontag escribió que a nivel de interpretación colectiva el sida tiene una relación con la tuberculosis. Carlos Méndez pensó en un albergue para tuberculosos al elegir la estructura del suyo. Para que cada enfermo en estado convaleciente tuviera suficiente privacidad para despedirse de su existencia.

7

Hace 15 años mi madre vino al albergue como parte de un proyecto de lectura. Me contó, al regresar a casa, que había conocido a un hombre fuerte y hermoso: un *stripper* cuyos familiares lo sacaron de su domicilio sin importarles que durante años invirtiera sus ingresos en mantenerlos. Primero, me dijo, al enterarse de que estaba enfermo, le comenzaron a dar cubiertos de plástico, le pedían que pasara una servilleta por la taza del baño y que se pusiera un paliacate sobre los labios al momento de hablar; lo obligaron a bañarse afuera con cubeta y jícara, le impidieron saludar de beso a sus hijos. Luego, simplemente, lo sacaron a patadas. El hombre falleció años después —según me dice Carlos Méndez, una década y media más tarde—, pero antes vivió el desprecio de la sociedad: la falta de empleo, los bisbiseos al verlo pasar, la gente que abiertamente le gritaba algo que en Conkal y el resto del estado se volvería una consigna reproducida por la gente y el gobierno. Un grito de rechazo imparable y desolador:

“Puto sidoso”.



8

Para ejemplificar el “síndrome del caracol”, Carlos Méndez narra la historia de una mujer que entró al albergue junto con su pareja, ambos infectados.

El hombre murió tras un año de tratamiento. La chica quiso rehacer su vida en el albergue: apoyaba a Carlos en la cocina y limpiando las habitaciones, llevaba a los niños a la escuela.

Una noche salió a cenar. A los habitantes de la quinta les recomiendan no hacerlo dentro del pueblo, que cuenta con más de 9 000 habitantes. Aun así fue a un puesto cercano al mercado municipal, y la mujer que atendía, armada con una escoba, la sacó a golpes. Le dijo, cuenta Carlos Méndez: “Me estás llenado el puesto de mierda, me vas a enfermar de sida”. En crisis, la mujer se resistió. Uno de los comensales se quitó la playera, se la puso sobre las manos y la movió del asiento. Como si quemara tocarla.

De regreso al albergue, se encerró en su pieza. Ya no comía ni hablaba; Carlos quiso alimentarla con un gotero, pero la mujer rechazó abrir la boca.

Le puse el síndrome del caracol porque es como si se hubiera enrollado en sí misma, en una concha ficticia. Los médicos no pudieron ayudarnos. Entonces había un cura que nos apoyaba, que llegó luego de varios que se negaron a darle la bendición a los enfermos, a tocarlos porque temían contagiarse. Hablamos ya del año 2000 y todos estaban plagados de ignorancia. Ese cura habló con la chica, pero no pasó nada. Poco después falleció. Esto se repitió varias veces con otras personas asiladas.

9

Cuando salimos de la cocina, dos hombres, tomados de la mano, renquean hacia un lugar impreciso de la calle. Se ven felices. Carlos dice que son pacientes que se volvieron pareja al poco tiempo de llegar al albergue. Ambos están en fases avanzadas de la infección.

“Hablar contigo fue como sumergirme en el pasado y sentir que me ahogo”, susurra.

Y llora, serio, viendo hacia la pareja, hacia el fondo de la quinta donde dos puercos sin pelo corren en zigzag y un niño intenta arrearlos hacia el corral. Para Carlos el futuro es cada vez más incierto. Hace poco la crisis del desabasto golpeó al albergue. Sin embargo, reconoce que el gobierno federal hizo algo positivo al terminar con el monopolio farmacéutico. Antes, cuando llegaban los medicamentos, si es que llegaban, estaban caducados. Espera que pronto se arregle el tema del suministro.

Mientras Yucatán ha alcanzado el tercer lugar en nuevos contagios de VIH a nivel nacional, en el albergue Oasis de San Juan de Dios viven, actualmente y de forma fija, 25 personas, pues no hay abasto para atender a más.

Le pido a Carlos que pose para una fotografía. Se limpia las lágrimas con la playera. En el trasfondo aparecen los cerdos corriendo, el niño, la pareja tomada de la mano. No puedo evitar sentir que, pese a todo, este sitio rezuma vida. 📍

Cecilia Andrade. Noche de ronda



INVISIBLES

RAYMUNDO CORDERO CASTRO

Crónica: Segundo premio

Estaba ahí, sentado en un banco de parque, fumando un Lucky a medias con mi mejor amigo. Él silbaba su parte favorita de *Carmen* y yo pensaba en el cúmulo de adioses de los que este concierto me separaba. Pensé que las puertas iban a estar abiertas desde temprano, pero no fue así. No quedaba de otra que vagar, mirar un par de chucherías en el mercado de pulgas cercano... No mucho, ninguno de nosotros coleccionaba reliquias.

Él me hablaba de su casi novia, yo pensaba en mi exnovia. En cómo le pedí que no se fuera; incluso se lo pedí por favor, pero se marchó. Vimos a un par de ancianos que jugaban ajedrez y me vi reflejado en ellos, creyendo que en algunos años más mi amigo y yo nos veríamos así. Aunque me dio una tremenda paliza la primera vez que jugamos, con el tiempo iba a conocer su estrategia. Nunca hemos vuelto a jugar.

Él casi no fumaba, y mi madre me iba a matar si me volvía a encontrar fumando, así que debía acabarme todos los cigarros que llevaba en el paquete. Eran de sabores; me había acabado los rojos, los demás me daban algo de asco, pero ahí seguíamos. Me sentía un *hombre* por fumar a mi corta edad, como si eso me fuera a hacer madurar. Fuimos a comprar una Coca-Cola y unas frituras ultraprocesadas para matar el rato.

Era la primera vez que él estaba ahí, yo ya había asaltado el local con anterioridad, cuando compré los boletos en la preventa. Sólo vendían dos por persona, el número justo. Nos sentíamos extraños: era mi primer concierto en un lugar *underground*; antes sólo había ido a eventos fresas en el Metropolitan y en el Auditorio. Este sitio estaba cubierto de pintura en aerosol, con el gato en la cortina de hierro (el gato es su logo). Debajo del animal, el nombre del local con la primera A encerrada en un círculo daba un aspecto más de abandono que de sala de conciertos. Supuse que así se sentía la libertad y la juventud. Ser contracultural o una cosa de esas.

La bebida se terminó, los cigarros no, y yo no sabía qué hacer con los que quedaban. Fuimos a dejar la basura en un bote y un hombre se llevó la botella de PET. Sentimos ganas de ir a orinar, pero no veíamos ningún baño.

Un grupo de hombres y mujeres comía frituras de un carrito ambulante; la conductora nos ofreció a nosotros, pero ya habíamos tenido nuestra merienda de campeones. Como los del grupo estaban uniformados, deduje que sabrían dónde podíamos ir a orinar. Nos acercamos para preguntarles. Luego de hablar con ellos nos dejaron pasar a una cabina pequeña, repleta de escobas y monos de trabajo, el modelo que ellos llevaban.

Sólo había una taza y un bote grande de plástico; una bandeja navegaba en la superficie de agua. Tratamos de pagar por el servicio, pero rechazaron nuestras monedas. Nos sentimos bien, un poco más de dinero para nosotros (ni idea de en qué lo íbamos a gastar). La noche empezaba a caer y muchas personas arribaban, la vestimenta

los delataba. Mercancía oficial de la banda. Yo llevaba una chamarra de piel para la ocasión.

Nos acercamos a la entrada y nos revisaron. Me detectaron los cigarros en la chamarra, incluso revisaron en los dobles y en la parte alta de las botas. No tenía nada más que eso, algunos billetes y mi celular. Tuve que dejar los cigarros en una especie de paquetería, les hice unos rayones con mi nombre para identificarlos a la salida. Me sentía aliviado, incluso pensé que podía dejarlos ahí para que mi madre no se enterara de mi pequeño hábito. Subimos. En las escaleras había más grafitis y frases pintadas; estábamos a oscuras, casi no se veía nada pero subimos sin tropezar.

Nos encontramos con la sala ya repleta; el calor era como el que se siente al lado del mar, húmedo y cargado de *algo*. Un pequeño ventilador de metal intentaba auxiliarnos, pero no lo lograba; era muy poco para todas las personas que estábamos allí, tampoco había ni una sola ventana en todo el local. Creímos poder comprar algo para refrescarnos, como siempre a precio de concierto; pero no: sólo había cerveza y ninguno de los dos teníamos INE.

Estuvimos allí con un grupo de gente desconocida, metidos entre personas vestidas de negro, algunas con botas. Un par de chicas bonitas se encontraba frente a nosotros, no pude hablarles. “Da igual, no las volveré a ver en mi vida, quizá ya hasta nos vimos y no recuerdo bien su rostro, sólo su belleza”. Mi amigo tampoco hizo nada, y yo creí que hacerle señas para que las viera era de perdedor. Me lo ahorré.

Salieron los teloneros: Don Tetto. En mi vida los había escuchado, pero mi amigo se notaba bastante feliz de poder cantar su canción a todo pulmón; ambos estábamos dolidos y éramos un poco torpes en lo social. Me empezó a contar cómo conoció a la banda que abría el concierto y, sí, fue por la chica de la que me había contado en el parque. Pronto se nos acercó un chico con cresta; nos advirtió que, cuando saliera la banda principal, la multitud se iba a empujar y podíamos quedar hasta enfrente. Así fue en cuanto salió Allison. Él nos hizo un hueco por donde pudimos pasar. Quedamos muy cerca. La primera canción que tocaron no tuvo mucho impacto, al menos no en mí. *Performance* demasiado exagerado.

Empezaron a tocar, traté de anotar las canciones en mi celular, pero el movimiento me lo impidió y mejor decidí disfrutarlo. Agradecí que las personas no grabaran, que disfrutaran el momento en vivo y no a través de una pantalla. Nuestro amigo de la cresta estaba perdido. Llevaba una sombrilla, pero ni así lo vimos. El sudor, el calor, la multitud misma se mezclaban en el ambiente; sentí que ya no cabía ni un alfiler.

Nos moríamos de sed, grité al escenario para recibir un poco de agua. Aventaron una botella plástica a medio llenar diciendo que debía durarnos para todos. Ni siquiera cayó cerca de mí. Al poco, un sujeto nos hizo una seña para cargarnos: puso las manos en forma de escalón. Ninguno de los dos quiso, nos respondió “pinches aguados”. Yo estaba tan sudado que la descripción era precisa. Hubo un punto álgido: la canción más dolida. Gritamos como un par de lunáticos. Era momento de sacar ese dolor que me callé por varios meses. No fue por un auto nuevo, pero sí por nuevas experiencias. Al menos eso creo, aún no lo descubro.

Pronto el ritmo bajó. Una guitarra electroacústica y sólo una voz. En ese momento me solté a llorar y abracé a mi compañero. Él no hacía mucho, cantaba y yo traté de grabarlo pero no pude. Nunca he sabido si se enteró de mis lágrimas o pensó que sólo era sudor. Era un concierto líquido. Yo la estaba pasando bien. Habían prometido esto y estaban cumpliéndolo: muchas subidas y bajadas.

Al terminar esa canción empezó la rechifla para escuchar la que cada uno quería. Yo pedía una que me contara “de cuando tenía 16”, mi edad. Mi amigo pedía “Fragil”. Yo lo secundaba un poco. Llegó el resto de la banda y nos cantaron un par de buenas canciones. Mi ánimo subió y empezó a hacerse el *slam* (o algo así). No sé, entré a repartir empujones y recibirlos. Estuve cerca de desfallecer, pero el de la sombrilla me sostuvo para decirme que volviera, apenas empezaba el asunto. Dejé a mi compañero a cargo de mi celular y seguí dando tumbos. Me sentí vivo. Emociones a flor de piel.

Siguieron tres o cuatro canciones, las que más pedíamos a gritos. Tocarón algunas de éstas y cerraron con la más importante, la que todos esperábamos. Allison cerraba con “80’s”, cantando por nosotros cómo se fueron al infierno, todo por su cuerpo, por ese maldito deseo; la





chica que rondaba mis pensamientos me dijo, como recitaba la canción, que era mía y de nadie más. Daba igual, ya se había terminado y rozábamos el nacimiento de un nuevo día. Salimos empapados, creo que he tomado baños en los que acabo menos mojado.

Por un momento pensé en dejar los cigarros, pero volví por ellos. Me los devolvieron y los metí al fondo de mi chamarra; ya los tiraría después. Cuando bajé me encontré con sed, tremenda sed, y sólo la fonda estaba abierta. Pedimos dos bebidas, nos cobraron 28 pesos por un litro de agua. Pude haber pagado el doble; la sed era mortal. Mi compañero estaba más tranquilo que yo; le ofrecí transporte, pero lo rechazó diciendo que podía llegar por su cuenta. No pude conciliar el sueño hasta que me envió un mensaje para decirme que estaba en su hogar. Cuando llegó a la terminal ya no pasaba ningún camión, pero un taxista lo llevó hasta su casa: le cobró menos de la mitad luego de contarle la misma historia triste que a mí.

El día siguiente fui a misa y comí barbacoa. El fin de semana de un *maestro*. Fue otro punto de sutura a la herida de mi alma, aparte de un repaso de esas tardes doradas en CCH que no volverán. Dejé los cigarros en un teléfono público cercano a la iglesia. Un hombre se acercó a ellos cuando me iba. Ya qué, espero no haber quebrado al Alicia. 📷

 Cecilia Andrade. Toquín en Multiforo Alicia



DORMIDOS EN el metro

MIGUEL ÁNGEL MARTIÑÓN CALZADA

Fotografía: Primer premio



Todas las imágenes de la serie: digital, 8 × 10 pulgadas, 2020





LEJANÍA

ELÍAS RODRIGO GUTIÉRREZ REYES

Fotografía: Segundo premio



Todas las imágenes de la serie: digital, 8 × 10 pulgadas, 2015-2018





Lucine en espirales

ARTURO DIEZ GUTIÉRREZ

Cuento: Primer premio

A mi madre
A Madelein también

Podría disimular, pero el olor de tu voz
se acurrucó entre mis cosas.

Iván Noble

Creo que lo último que supe de Lucine fue que viviría con un galés. Pude haberme encontrado con ella en alguna calle de la Roma, pero no fue así. Me escribió para corroborar si yo era de Xalapa, le contesté que sí. Luego me preguntó si en Veracruz había alguna playa bonita para acampar unos días. Hice un esfuerzo por pensar, entre tanta playa horrible, cuál sería conveniente para ir juntos. Y mi esfuerzo fue inútil.

Primero, porque no se me ocurrió ninguna (dicen que Costa Esmeralda no fue nombrada así por azar, desconozco). Segundo, porque después agregó que buscaba ir ahí con su novio galés. Maldita. Mis dedos no pudieron reprimirse: me importa una chingada lo que quieras hacer con tu nuevo novio. Sigue perdiendo el tiempo cuanto quieras con otros hombres. Pero no mames. Deja de C-H-I-N-G-A-R-M-E. Deja de chingar la puta madre. Su respuesta fue intempestiva. Me acusó de dramático y agresivo. Sí, de buenas a primeras, le menté la madre, la primera vez en dos meses. Cuando a una mujer ya le has dicho que la amas, te dijo que en ese momento no busca algo con nadie y una vez más inicia una relación con alguien que no eres tú... creo que mentarle la madre, luego de que te pregunta sobre tu ciudad para ir con su novio galés, es lo más natural. Que chingue su madre quien opine lo contrario.

La conocí en un bar. Puede parecer un lugar típico; sin embargo, jamás había conquistado a una chica sentado en la barra. Era domingo por la noche, había música folclórica en el Pata Negra del Centro Histórico, estaba acompañado por una cerveza y un mezcal porque a mis amigos no les gusta el son jarocho. Cantaban "La Morena" y, mientras yo estaba ensimismado en ese ritmo de octosílabos, una rubia se me acercó. Me preguntó con una R demasiado enfática para ser mexicana: ¿sabes para dónde es el baño? Le respondí lo que cualquier imbécil que se parezca a mí en el espejo diría: sí, al fondo a la izquierda, bajas una pequeña escalera y doblas a la derecha. Dijo gracias, sonrió y se fue. Mientras la veía andar al baño y perderse entre la gente, me lamenté de mi suerte. Tenía una de esas narices que sacaría un primer premio en una exposición de zanahorias, iba a decir "pero", pero no. Tenía una de esas narices

Alma Rosas Robledo Gaspar.
Museo de cera



que sacaría un primer premio en una exposición de zanahorias y por eso me encantaba. Se inclinaba prominentemente en medio de su cara hacia su ínfimo labio superior y, cuando me sonrió antes de irse al baño, me encantó por cómo se curvaba más. Sus ojos aceituna eran de una belleza común, así como su cabello rubio. Rubio como el elote, una vez escuché decir a un compañero en la universidad hablando sobre una amiga. Me lamenté de mi suerte. Esa chica me parecía bella y yo jamás lo había hecho con una mujer que de buenas a primeras, de sólo verla, me provocara sentir el corazón palpar como el eco de una piedra que cae en un pozo profundo.

La música era precisa. No hay nada que me haga volver a casa como el ritmo marcado por una jarana cuando un requinto rompe, que la rima repetida de una estrofa de “El Colás”. Me perdí en el fandango. Bebí dos cervezas más y me paré frente al grupo. Estaba cantando en voz baja cuando me percaté de que la chica de la R enfática movía sus caderas junto a mí como si, en lugar de son jarocho, lo que sonara fuera electrónica. No pude evitar reírme de ella y, ahora sí, para mi suerte, ella lo interpretó como una sonrisa que me correspondió. No me atreví a decirle nada.

Cuando pasaban de las 12 de la noche pensé que pronto tendría que ir a trabajar. Es lo único que me fastidia de la docencia. Dar clases en lunes a las 7:00 a.m. Le di un último trago a mi cerveza. La abandoné a medias en la barra y me dije: si la chica se gira a verme antes de que salga de aquí, le hablo. Me acomodé el cabello, limpié mis lentes y con un paso ridículamente lento emprendí el camino a la salida. Ella no me miró ni de reojo. No me notó. Más visible para ella habría sido una mota de polvo en la oscuridad. Así que me agarré mis huevitos y me devolví. Me metí con un tropezón entre ella y el hombre con quien hablaba: hola, ¿vienes con alguien? Mis amigos. Quiero decir, ¿alguno de ellos es tu novio? No. Pedí otra cerveza y para ella otra margarita. No sé en qué momento de la noche pasó, pero la vi tomar sal de su copa de margarita, untársela en los labios y, arrugando la nariz y con una coquetería sublime, terminar de seducirme: ay, tengo sal en mis labios, ay, tengo sal en mis labios ¿me ayudas? La besé como quien descubre lo que es masturbarse. Al poco tiempo sus amigos le dijeron que se marchaban; cuando me miró a los ojos no pude decir otra cosa sino: ¿vienes conmigo?

De esa noche sólo puedo decir: no comprenden nunca condones Prudence. No es que yo sea el negro de WhatsApp; no obstante, tampoco hago honor a la fama de los chinos. Mi pene es normal, quizá un poco más grueso que el promedio, según leí en Wikipedia, pero esos malditos condones asfixiaban mi erección. El culo más rico que han acariciado mis manos y no podía metérselo, ¿saben lo que es eso? Es como que la chica que amas te pregunta dónde puede pasarla bien en tu lugar de nacimiento con su novio, cuando jamás aceptó a ir contigo porque “no quería nada serio”. Hija de su chi... Yo sólo tenía un paquete de Prudence sin usar que había comprado hacía unos días. Eran baratos, había escuchado de la marca. Pensé que en condones



Ixchel Rojas Benito. IX, IK, Akbar, IX

normales la marca era pura palabrería. No, éstos me apretaban como anillos de castidad. No importaba cuánto me excitara su presencia, el amor no vence a la física. En el suelo estaban los tres condones, mi frustración olía a látex con líquido preseminal. Ante mi humillación en la cama, bostezando me susurró al oído: no te preocupes, es normal. A los pocos segundos se quedó dormida sobre mi brazo. Me sentí tan tentado a masturbarme al lado de ella y de paso eyacular sobre sus nalgas. No lo hice porque no era normal. Me levanté con cuidado y en calzones bajé corriendo a la tienda de la esquina. Compré la marca de condones que siempre uso. El de la tienda me dijo: debe estar muy guapa para que bajas así con este frío. Me quedé callado. Volví al cuarto. Empecé a llenar de saliva cada poro de su piel. Despertó respirando entrecortado. Cuando la besé detrás de la oreja gimí abriendo sus piernas, sentí su nariz clavarse en mi hombro. No comprenden Prudence.

Toda la mañana no pude sino pestañear. Permanecí inmóvil mirándola dormir. Recordaba poco de lo que habíamos conversado y preferí tratar de conectar mis escasos recuerdos mirándole las nalgas que ir a darle clases de Matemáticas a unos púberes. Era francesa, llevaba un par de meses en México, vivía de ser *sommelier* en un pequeño restaurante de la Roma y su nombre era Lucine. Cuando despertó, abrió grandes los ojos y pegó un pequeño grito. Me sentí tan feo. Luego habló con naturalidad: ¿dormiste bien?

Mis alumnos comenzaron a desconocerme. Llegaba tarde,apestaba a cigarrillos con vómito. Las ojeras cada vez se me hacían más evidentes, mis dientes no dejaban de saber a morado. No me importaba repetir saco algunos días a la semana ni las manchas de ceniza. Lo que en verdad me afectaba era que Lucine no me creyera que la quería. Decía que Raúl, el hondureño, le lloró varias tardes hasta que confió en él y después se devolví a Tegucigalpa, donde le confesó que tenía una esposa esperándolo. Entonces de nada servían las lágrimas que le dejaba en el mantel del restaurante en el que trabajaba, tampoco los poemas en las servilletas. Tenía que demostrárselo con actos a pesar de que no aceptaba seguir saliendo conmigo —¿así cómo?—. Cada noche terminaba igual, me decía que por favor dejara de emborracharme en su trabajo, entonces me iba a casa a beber vino en Tetra Pack hasta vomitarme encima. Al despertar tomaba unas servilletas, las untaba con saliva y hacía lo posible para limpiarme el traje un poco antes de irme a dar clase de Matemáticas. Por algunas semanas esa rutina no varió. Luego abandoné los poemas en las servilletas sobre la geometría de mi amor:

Los cuerpos y las almas
no son equivalentes
son desproporcionados
cruza la recta, acércate más
Esto será como hablarte de ya sabes
3.1415...



Comencé a escribirle un largo poema en prosa cuya fórmula estética residía en un fonema constante con otros variables: “Lucine de lucero, de lucir y de la luz de la, le, li, lo, lu y ‘elle’; de lacio, lento, linda, locuaz, luminiscencia y de la letra L en mayúscula como en la palabra Libertad. Tú que ahora lees, tú, la libre luciérnaga que apaga e ilumina una parcela de los linderos de mi alma...”. Siempre que la veía le recitaba la última versión. Me miraba por un instante, arrugaba la nariz y con la normalidad de cuando me preguntó por el baño me decía: ¿me lo regalas? Yo pretextaba que necesitaba hacerle ajustes. Si se lo daba, cada vez que la volviera a ver lo único que tendría iban a ser mis preguntas de por qué no lo intentábamos. No habría más poesía. Ese poema tenía que ser interminable. Al dárselo, no sabía cómo reescribirlo. Cada vez que lo escribía de nuevo, tiraba el último. No podían existir copias. Sería cursi explicar por qué. Hasta que un día me hizo llegar la noticia en un lacónico whats: me regreso a Francia.

Tras un estado deplorable, difícil olvidar la vez en que rumbo a la escuela me dieron una bolsita con una torta a medio comer, volví a ser el mismo. Incluso estuve a punto de perder mi empleo hasta que ofrecí una explicación sobre mi vergonzoso estado. El director no interrumpió una sola parte del relato sobre Lucine. Cuando quedé en silencio, tocó mi hombro y con simpatía me confesó: todos tenemos una Lucine en nuestras vidas. La mía era de Oaxaca... Jamás pensé verlo llorar por algo tan ridículo mientras yo le daba palmadas en la espalda: me dejó por otro hombre, lloriqueó. Esa oaxaqueña para mí no tiene nada que ver con Lucine. Lucine es peor.

¿Cuántas probabilidades hay de conocer a la persona que leerá estas líneas en una botella arrojada al mar? Eso fue lo primero que escribí en la nota que metí en un cabernet y arrojé al Golfo en Veracruz luego de que Lucine me escribió para decirme que volvía a México, que si conocía lugares en la Roma para mudarse con Marc. Después: todos pueden pasar por algo parecido a lo que viví con Lucine. No tiene caso que te explique todo. Una vez me culpó de pasarle la gonorrea. Cuando fui al urólogo me dijo que no tenía nada. También me reclamó que esa noche en la que todos se habían ido de una fiesta en su casa y me sonrió mirándome fijo a los ojos no era una invitación para besarla; que se sintió obligada a corresponderme. Me dijo que era muy apasionado y que eso la alejaba de lo que sentía por mí, que me quería, aunque no de esa manera; que si hubiera tenido más confianza en mí, como Raúl, o Pedro, o su galés, tal vez me habría querido. (Pensaba poner mi número. Mejor no, eso sería un engaño a las posibilidades). Quizá creas que has sentido algo parecido a lo que sentí por Lucine, quizá también quieras que conversemos, que te aconseje con mi experiencia, que te dé unas palmadas en la espalda y finja entender tus gimeos. No. Lo que sentí por ella siempre será mío y estas letras serán de un desconocido borracho en un fin de semana en Veracruz. El lunes toca hablar sobre, ya sabes, 3.1415... 

C

A

S

C

A

D

A

RICARDO GUERRA DE LA PEÑA

Cuento: Segundo Premio

Mamá nos llevó a pasar unos días a la Torre de Acapulco durante las vacaciones de verano del 97. Papá no nos acompañó por una supuesta entrevista de trabajo. Desde el balcón del departamento, que nos solía prestar mi abuelo, se alcanzaba a ver hasta qué parte la playa se convertía en selva. Desde ahí fantaseaba con lo impresionados que estarían mis maestras y compañeros de la primaria si pudieran ver lo que yo. Quería que supieran que pese a llegar en un carro jodido y vivir lejos de las zonas bonitas de la Ciudad de México, mi hermano y yo no podíamos ser los alumnos más pobres del colegio si teníamos la mejor vista de Acapulco.

Mamá bajaba antes del amanecer para apartar con toallas tres camastros frente a una alberca gigantesca. Podíamos tardar hasta media hora en recorrerla cuando jugábamos al taxi. Yo me sujetaba de un chorizo flotador que mi hermano, asumiendo el papel de chofer, jalaba alrededor de la alberca. El viaje terminaba cuando llegábamos a la parte más honda, en la que caía con fuerza el agua desde un trampolín de 10 metros conocido como “la cascada”, donde nuestros padres nos advertían que era peligroso nadar. La cascada nunca dejó de intimidarme, a veces tardaba varios días en animarme a dar el salto. En el álbum familiar se conservan fotografías en las que aparezco tapándome la nariz, con la quijada apretada, a medio vuelo.

Durante el desayuno, mamá nos dijo que apartando camastros encontró a los padres de Bruno Campillo, un compañero del salón de mi hermano con el que nunca había platicado. Me sentí invadido, la Torre de Acapulco era el único lugar donde aún me atrevía a jugar a cosas de niños. Decidí no bajar mi Max Steel y convencí a mi hermano de que tampoco bajara sus juguetes ni hablara de ellos.

Antes de llegar a los camastros, Bruno nos saludó emocionado. Su piel morena combinaba con sus pequeños pezones rosas y un ombligo perfecto que hasta la fecha no me saco de la cabeza. Estaba confundido, sentía la misma dificultad para verlo a los ojos que experimentaba con Paula Macías, la niña de la que estaba enamorado desde el kínder y en quien pensaba siempre que mamá ponía en la radio las canciones de la Nueva Amor 100.1 que la hacían llorar.

Temía que el deseo en mi mirada fuera demasiado obvio, que Bruno me llamara marica o, peor aún, que mi hermano me descubriera. Estaba excitado y con culpa, como cuando actuaba sentirme enfermo, me quedaba en el departamento para salir desnudo al balcón y fantaseaba con que todas las personas, reducidas a hormigas treinta pisos abajo, podían verme.

Me sentí aliviado cuando mamá nos llamó diciendo que nos tenía una sorpresa y Bruno se despidió. Al llegar, los meseros acababan de traer dos enormes *banana*



Ana Vargas. Luz y cielo

split. Mientras devorábamos nuestro postre, mamá nos mostró una fotografía de papá posando frente a la Quebrada.

—¿Desde cuándo dejó de sonreír? —preguntó más para sí misma.

—Desde que lo regañas por usar pijama todo el día —contestó mi hermano luchando por alcanzar con la lengua el chocolate embarrado en la punta de su nariz.

Recuerdo haber dormido una larga siesta en mi camastro, esperando hacer la digestión para entrar a la alberca, cuando Bruno se acostó sobre mí completamente mojado. Mi hermano rio y yo fingí molestarme. Forcejeé un rato con él para quitármelo de encima hasta que sentí su pene endurecido sobre mi muslo. Me quedé congelado, clavó su mirada en mis ojos y sonrió. Desde entonces descubrí que la sonrisa de los muchachitos morenos tiene algo que la vagina rosita y estrecha de mi póster de Pamela Anderson no: además de excitar, enternecen.

Mi hermano le propuso a Bruno jugar al taxi y que él haría de chofer. Lo volteé a ver enfurecido, le había dejado en claro que ese día no quería que jugáramos cosas de niños. Pero contrario a lo que imaginé, cuando mi hermano platicó en qué consistía, a Bruno le agradó la idea.

Me sujeté junto a Bruno al chorizo flotador y mi hermano comenzó a jalarnos.

—¿A dónde desean ir, señores?

—Llévenos a la cascada por favor, pero que sea rápido —respondió Bruno.

—¿Viaje de negocios?

—Así es —respondí.

—No, es nuestra luna de miel —corrigió Bruno.

Entré en pánico, creí que mi hermano lo llamaría marica y trataría de defenderme, pero contestó:

—Los felicito. Nunca olvidarán este viaje.

—¿Ahora por dónde estamos pasando, chofer? —dije esperando cambiar de tema mientras nos adentrábamos a una zona más profunda.

—Australia, señora.

Los tres reímos. Ver nuevamente la sonrisa de Bruno me animó a decir con voz aflautada:

—¡Qué hermosos canguros veo pasar! ¿Los alcanzas a ver?

Bruno dio una carcajada y gritó:

—Sí, mi amor, ¡veo canguros en bikini! —mientras señalaba a un grupo de jovencitas americanas.

Volvió a sonreírme y me sentí protegida, así en femenino; era una mujer afortunada de tener a un marido cariñoso. Lo que nunca tuvo mamá. Afluté aún más la voz al describir las calles de Tokio cuando pasamos junto a un hombre de ojos rasgados, probablemente oaxaqueño. Grité con espanto teatral que Godzilla estaba destruyendo un rascacielos al señalar a un mesero colgado de una palmera bajando cocos. Bruno me tomó la mano para tranquilizarme y no la soltó mientras admirábamos la Torre de Acapulco convertida en una enorme Torre Eiffel, navegábamos entre cocodrilos en el Amazonas al pasar junto a un grupo de ancianos alemanes y festejábamos ver a lo lejos nuestra escuela incendiarse. Hasta que llegamos a la cascada.

—Servidos, serían 10 millones de dólares.

—Gracias, aquí tiene —Bruno me soltó la mano y simuló sacar de uno de sus bolsillos un fajo de billetes.

Nadé hacia la parte más honda. Volví a sentir un cosquilleo en la entrepierna cuando noté que Bruno me seguía y mi hermano se alejaba. Continué nadando hacia donde rompía el agua la cascada, cuidándome de los clavadistas. Sabía que detrás del chorro estaríamos ocultos

y que Bruno podría intentar algo más. Antes de que pudiera alcanzarme, se detuvo mirando hacia el fondo. Lo esperé unos segundos, pero como no avanzaba decidí ir a ver qué había encontrado.

—¿Ya estaba ese azulejo el verano pasado? —me preguntó con extrañeza.

—No, qué feo que hayan puesto ese dibujo —le dije mirando hacia donde su mano sumergida señalaba.

—Voy a ver qué es.

Bruno se hundió antes de que pudiera detenerlo y demoró varios segundos en el fondo. Estuve a punto de pedir ayuda cuando por fin salió.

—¡La pude tocar, no es un dibujo! —dijo tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué hacemos?

—No sé.

—Dile a ese señor —y señalé a un gordo bañado en bronceador tumbado en un camastro como una morsa.

Dejé que Bruno saliera de la alberca solo, siempre fui muy penoso para hablar con adultos. Creía que todos serían igual de gruñones que papá. Alcancé a ver cómo el señor negaba con la cabeza y Bruno cada vez se notaba más desesperado. Después de dos minutos logró que se echara a la alberca con nosotros.

—Ahí está —le dijo Bruno, parecía que iba a llorar.

—No hay nada, pinche prietito.

—¡Sí hay! —grité enfurecido por como lo había llamado.

—Les voy a poner en su madre si esto es un jugueto, güero.

El señor llamó a su hija, una niña rechoncha con traje rosa de una pieza, para que le pasara sus visores. Tardó en quitarse los audífonos de su *discman*, parecía que se demoraba para terminar de escuchar una canción que canturreaba. Buscó los visores desganada y maldiciendo entre dientes, echando a un lado las latas de cerveza y las cajetillas de cigarros. Al encontrarlos los aventó a la alberca y volvió a ponerse los audífonos.

—Ahora que salga te caigo a nalgadas, mocosa —dijo el señor sabiendo que ya no lo escuchaba.

Tardó más de un minuto ajustando la correa de los visores. Cuando descubrí que Bruno lloraba, extrañé su sonrisa.

—Donde no haya nada, hijos de la chingada.



Apenas sumergió la cabeza, el señor comenzó a gritar histórico:

—¡Una ahogada! ¡Una ahogada!

Bruno y yo nadamos hacia la orilla, un grupo de hombres se aventó a la alberca a intentar rescatarla pero tuvieron que entrar otros más a rescatarlos a ellos porque por el esfuerzo y la confusión comenzaron a ahogarse. Gritaban que estaba muy pesada. Escuché a mamá llamar mi nombre. Al tiempo que salía de la alberca y me separaba de Bruno, alcancé a ver llegar a cuatro hombres de un hotel aledaño con trajes rojos diminutos. Fue la primera vez que me sentí atraído por un hombre maduro. Al llegar con mamá y mi hermano, vi a lo lejos cómo aquellos hermosos hombres sacaron del fondo a una enorme mujer azul. Después, un silencio absoluto. **P**



A LA ORILLA DEL LAGO

NATALIA BASSOCO RUIZ ESPARZA

Cuento Breve: Primer premio

La panadería del señor Benjamín Goldstein está tranquila. Durante estas fechas los pobladores salen a visitar a sus familias, lo que provoca que los pequeños negocios se vean envueltos en días largos y poco interesantes. El único sonido que entra por las ventanas de la panadería es el murmullo del lago, el cual separa al pueblo del asentamiento vecino.

Benjamín Goldstein se recarga en el horno de piedra y se concentra en leer el mismo periódico que ha leído toda la semana. De repente, el crujido de la puerta principal lo hace volver a la realidad y extrañarse por la presencia de un cliente. Goldstein sale al mostrador, pero no ve a nadie en un primer momento. Cuando baja la mirada, repara en un niño sin brazos. Viste un overol de mezclilla y deja ver sus pies descalzos sobre la oscura madera.

Goldstein pregunta en un intento de profesionalismo:

—¿En qué le puedo ayudar?

—Zapatos —responde el recién llegado con la barbilla en alto.

—Esto es una panadería, joven.

—Hazme unos zapatos de pan —dice el pequeño confiando en la elocuencia de su petición.

El señor Benjamín sabe que el curioso muchacho probablemente sea su único cliente en el día. Además, la rareza de la situación le hace querer ser cómplice de la empresa del niño. El panadero no tarda en resolver que lo más sencillo es cortar dos bolillos viejos y sacarles el migajón. En menos de cinco minutos, Benjamín Goldstein deja en el suelo el par de zapatos, justo en frente del interesado.

El pequeño introduce sus pies en ellos de inmediato y se controla para no brincar de la alegría. El cliente satisfecho da las gracias y desaparece tras la puerta con su nueva adquisición. A pesar de que el niño del overol ya no está a la vista, Benjamín permanece detrás del mostrador. Comienza a dudar de si lo que acaba de ocurrir pasó en verdad o si fue una alucinación, consecuencia del aburrimiento veraniego. Estos pensamientos se ven interrumpidos por una risa sonora y un coro de graznidos.

El panadero mira por la ventana y ve a su joven visitante a unos pasos del cuerpo de agua, rodeado por juncos y otras yerbas salvajes. Una familia de patos sale de entre los nenúfares y, con delicadeza, empieza a comerse migaja por migaja los zapatos. Durante todo el festín, su sonrisa chimuela le eleva las mejillas hasta casi ocultar sus ojos. El gesto permanece hasta quedar descalzo, tal como se presentó en la panadería de Benjamín Goldstein. **P**



El camino

MARIO ALBERTO ARROYO ARÉVALO

Cuento Breve: Segundo Premio

El camino (2019) es el primer y único largometraje de Jacinto Palafox, director novel mexicano de 18 años que tuvo el acierto de morir la noche previa al estreno de su película en el Festival Internacional de Cine de Morelia. La curiosidad del público se disparó cuando una declaración oficial en la página del FICM calificó lo sucedido como “trágico” y “una pérdida irreparable para el cine mexicano”; esto resultó en funciones agotadas y publicidad gratuita para el muerto, e influyó de manera positiva en la recepción de una cinta más bien mediocre desde el punto de vista crítico.

Sin adentrarnos en detalles —en especial porque a estas alturas ya todos la hemos visto— mencionaremos lo más relevante: la historia inicia *in medias res* con cuatro hombres que avanzan por un desierto. No sabemos sus nombres ni hacia dónde van. Sólo vemos ropas empolvadas y sudor. Las pocas palabras que intercambian son para recordarse unos a otros que falta poco para llegar a su destino. Hacia la mitad de la película cae la noche y duermen sobre la tierra. Al amanecer, uno de ellos ha muerto sin motivo. Luego de llorar por él, los demás siguen caminando sin molestarse en enterrarlo. Minutos después, otro se va quedando atrás, y cuando sale del cuadro desaparece sin que los dos hombres restantes lo noten. Vuelve a oscurecer, y uno comenta, de manera casual, que afortunadamente ya falta menos para llegar. Al final, durante las primeras horas del día siguiente, vemos a los mismos cuatro hombres del principio reanudar su marcha juntos.

Si ignoramos las becas y salas de cine con su nombre, lo cierto es que Jacinto Palafox no dejó mucho a la posteridad. *El camino* es una producción modesta, con abundantes errores de continuidad y actuaciones poco creíbles. Es irrelevante que un trabajo tan mediocre se haya colado en las filas de la selección del FICM; ése es un tema para otro momento. El verdadero mérito consiste en: a) la abrumadora cantidad de personas que vieron *El camino* dentro y fuera del festival de cine, en especial a través de internet; y b) la ausencia del único hombre capaz de responder satisfactoriamente a las dudas que plantea su obra.

Lo anterior bastó para encender una discusión que ha elevado a *El camino* a la categoría del llamado cine de arte (o de autor), pues cumple con el único requisito para que se le considere como tal: nadie sabe de qué trata. Sin quererlo, Palafox ha dejado en nuestras manos una película tan confusa

Miranda Guerrero



como popular, que confiere a cualquier hijo de vecino el derecho a opinar sobre ella. La interpretación más común se basa en la nacionalidad del director y define al largometraje como un retrato sobrenatural del inmigrante ilegal; otra subraya que los protagonistas no llegan nunca a ningún lado y lo llama una *road movie* existencial: un *Esperando a Godot* con personajes más activos, que buscan en lugar de esperar.

Entre las únicas pistas disponibles, existe una entrevista en la que los actores de *El camino* admitieron que, durante el rodaje, Palafox parecía no tener idea de lo que estaba haciendo. Sus indicaciones eran improvisadas o contradictorias, hablaba solo y suspendía la filmación por horas, se perdió en el desierto dos o tres veces y lo encontraron dibujando en la arena o cantando; pero lo más curioso es que entre sus pertenencias no encontraron jamás un solo borrador parecido al formato de un guión. Éste es el argumento más fuerte de quienes consideran exagerada y aun ofensiva la fama de *El camino*: la llaman la mejor comedia de todos los tiempos, pues el chiste se desarrolla fuera de la pantalla.

Si Jacinto Palafox fue o no un genio del cine es algo que todavía está por verse. Los expertos continúan descifrando su película sin llegar a un acuerdo, y nos han dejado la difícil tarea de crearnos una opinión propia sobre *El camino* antes de que alguien más lo haga por nosotros. 📌

📷 Viridiana Santamaría. 6 de marzo de 2018

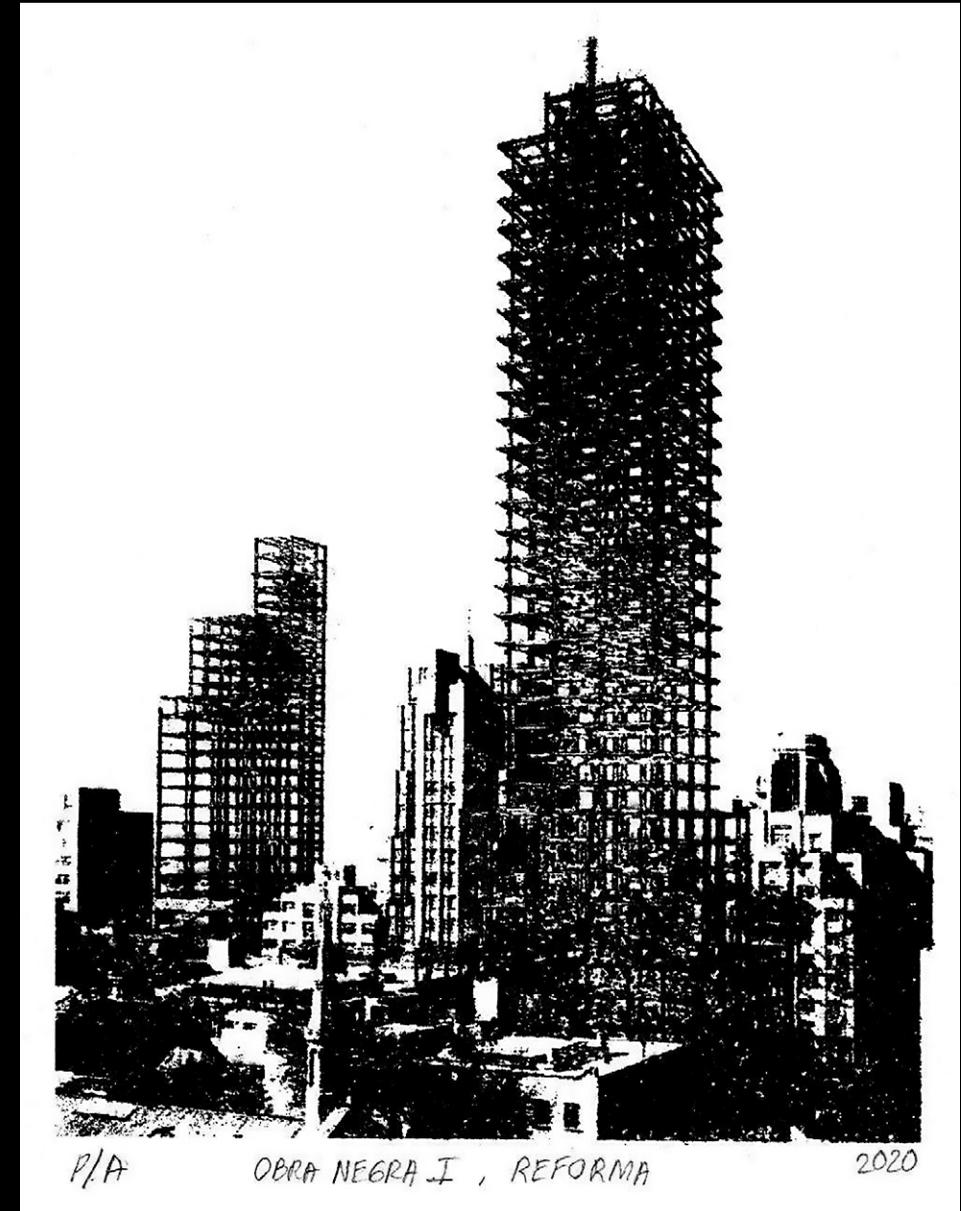


Obra negra

(homenaje a Posada)

EDUARDO BARRERA

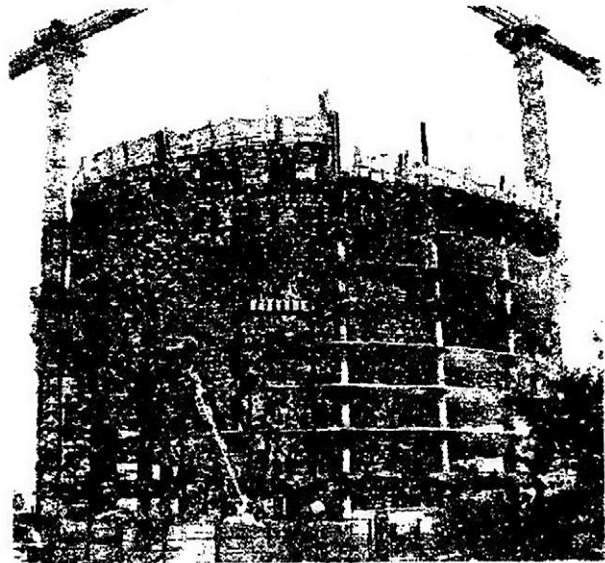
Gráfica: Primer premio



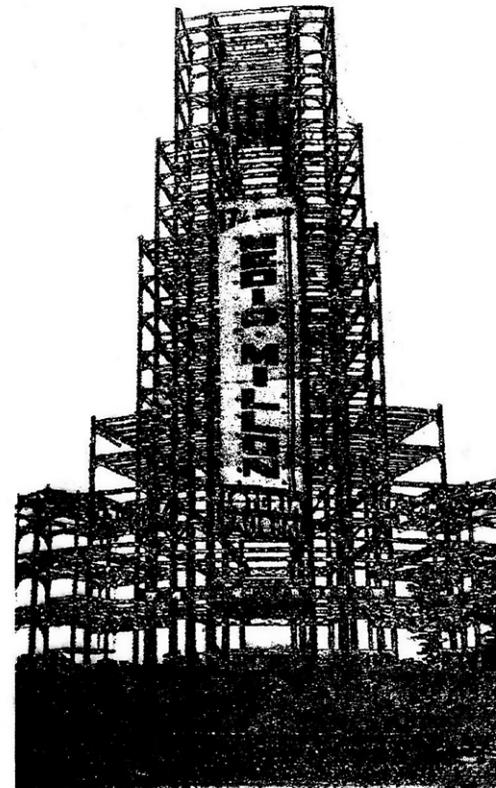
Todas las imágenes pertenecen a la serie *Reformar para progresar*: grabado en acrílico impreso en papel de algodón, 14 x 21 centímetros (verticales), 21 x 14 centímetros (horizontales), 2020



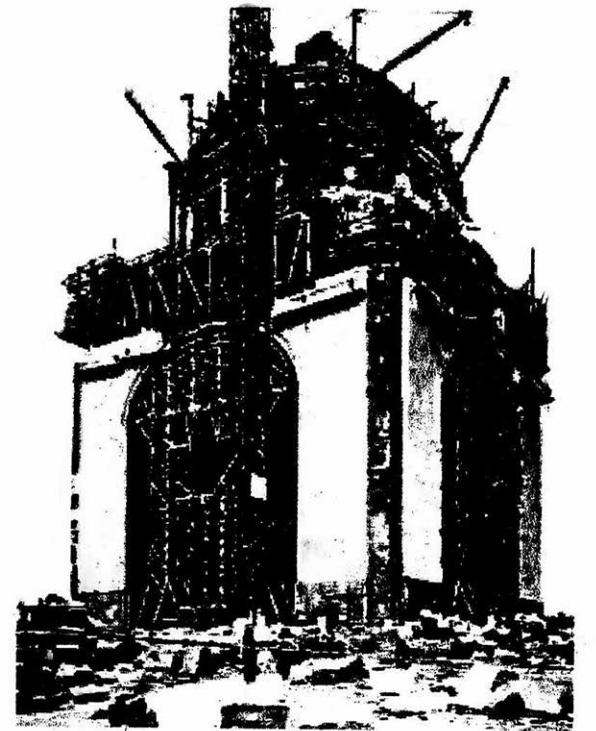
P/A OBRA NEGRA IV, RENOVACIÓN 2020



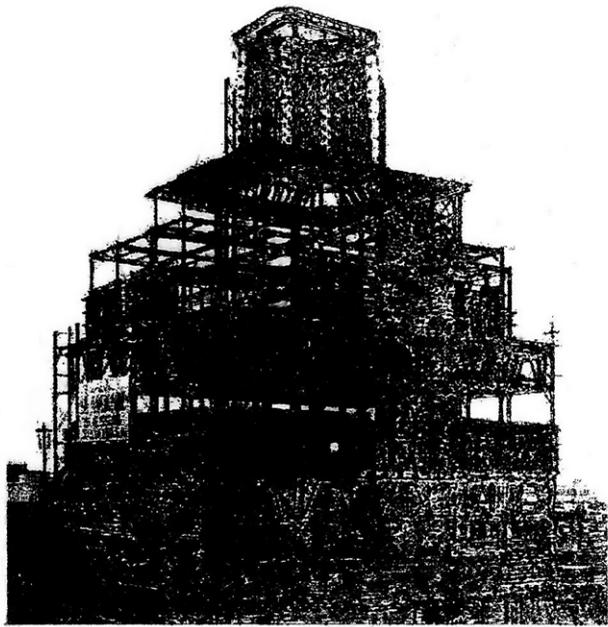
P/A OBRA NEGRA II, REPARACIÓN 2020



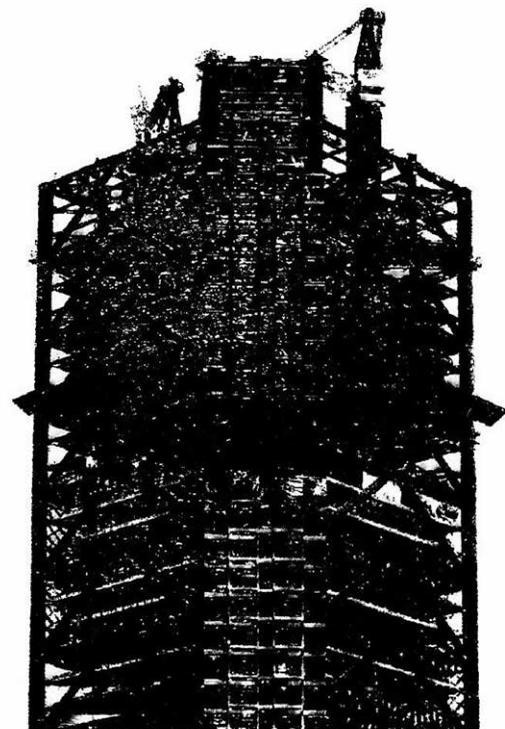
P/A OBRA NEGRA III, RECONSTRUCCIÓN 2020



P/A OBRA NEGRA IX, REORGANIZACIÓN 2020



P/A OBRA NEGRA II, REAJUSTE 2020



P/A OBRA NEGRA III, ARREGLO 2020

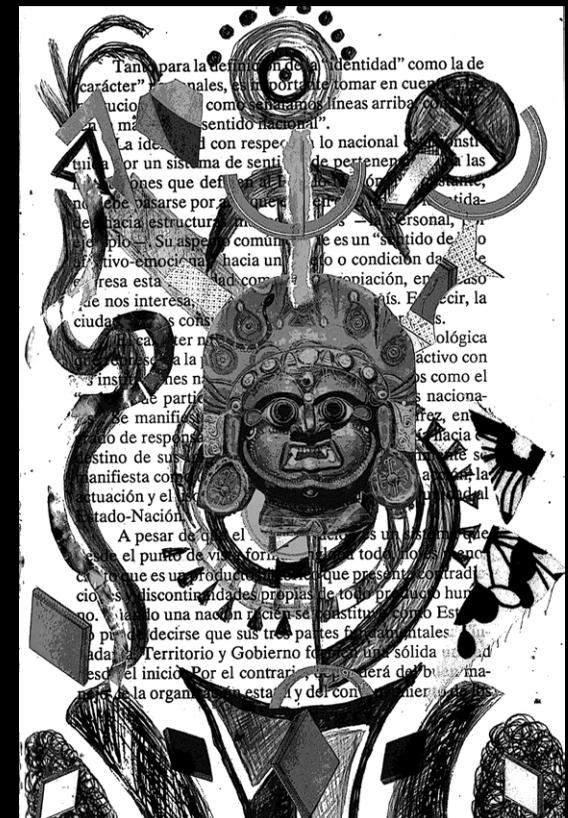
Motivos de fe

LESLIE HERNÁNDEZ CONDE

Gráfica: Segundo premio



Todas las imágenes de la serie: collage, tinta y tratamiento digital, 5 x 8 pulgadas, 2019





PERISCOPIO

MARCO ANTONIO TORIZ SOSA

Ensayo: Primer premio

*A mis padres, con admiración:
cuatro ojos imbatibles, atentos,
que miran con cariño y soporte.*

*You think you've private lives
think nothing of the kind.
There is no true escape,
I'm watching all the time.
Judas Priest, "Electric Eye"*



Es el Ojo en el cielo. Algunos lo llaman Dios, otros le dicen Progreso. Lo único cierto es que mira. Observa con mucha atención. Escruta. Juzga. Delibera. Castiga.



Cuando el partido está reñido, el hombre en base debe robar. Es un movimiento muy sencillo —en apariencia—: sólo hay que correr de un lado a otro. En posición, el ahora corredor se alista: los brazos sueltos, gráciles, las piernas abiertas en arco, la espalda recta, los pies firmes y la mirada atenta a la revirada del pícher que, elegante, observa por encima del hombro, pendiente del hurto. El mánager ha dado previamente la señal del robo. El *coach* en primera capta la estrategia y sirve de chivato, da instrucciones al hombre que está dispuesto a correr: "Abre más", dice; "atento a la bola". El corredor escucha, sin dejar de ver los engañosos movimientos del pícher. Se mueve. Se acomoda el casco. Se chupa los labios, nervioso. La velocidad es la clave para lograr el cometido: ir de la primera a la segunda base. Romper la posibilidad del doloroso *double play*, jugada defensiva perfecta, amiga del lanzador que rige en la lomita. El pícher presenta la bola y el corredor abre uno, dos, tres pasos. Luego, sin más, cuando la bola sale de la mano del lanzador y éste cae de frente al bateador con el garbo de un toro enfurecido, el corredor apela a la explosividad de sus piernas para encaminarse, a toda velocidad, hacia la segunda base. La intermedia: territorio libre de peligro: zona de descanso y amenaza. Corre. Corre. La bola viaja a 85 millas por hora. Es una recta, abierta por el lateral externo del plato. El bateador se prepara para lo que se avecina y, con un movimiento rápido, despreocupado, se

aparta de la caja de bateo sin dejar de mirar al compañero que, poseído por el alma de un caza militar, se desplaza a toda velocidad sobre el camino de grava rojiza. El corredor sigue, sin mirar a otro lado más que a la base que se presenta al frente como la tierra prometida. Corre, como un caballo con anteojeras. Baja su centro de masa. Se deja caer con los brazos estirados, la panza sobre el cascajo. Resbala con pericia, estira los brazos lo más que puede para alcanzar la base. Está cerca de tocar la almohadilla. Pero, ¡esperen! ¿Qué es lo que ha pasado? La tierra se levanta como una niebla que oculta el misterio. El silencio se apodera del partido. El ampáyer mira la jugada con la atención de un joyero que engarza un anillo. “¡OUT!”, grita, y con el puño cerrado que baja con fuerza hace la seña universal del que está ponchado. El corredor se levanta, francamente sorprendido. Con la palma de las manos se quita la tierra que quedó sobre la camiseta. Y luego, cuando mira hacia el *home plate*, lo encuentra: es él, el cuidador, el ojo-que-todo-lo-ve, el hombre atento a cada jugada. El cerebro del equipo, se dice.

El cacher, estratega y visionario, le devuelve la mirada, sonriente, con las manos en alto, pues sabe que evitó el desastre. Sigue con suma atención al corredor retirado durante todo su camino hacia el *dugout*. Sonríe. El corredor y él cruzan miradas, y el receptor, con el *gambox* en la mano, se lleva el índice hacia la base del ojo derecho. La golpea en repetidas ocasiones. Si te vi, parece decir. Luego se coloca la careta y adopta su posición detrás del plato. Con la vestimenta de trabajo —cubierto por arcos, mascarilla emparrillada y un peto comodísimo— parece un caballero medieval. Pendiente de todo lo que pasa al interior del campo, es difícil escapar a su mirada que estudia el panorama y da seguridad al resto del equipo.

El cacher es, pues, el guardia que cuida el panóptico: el hombre que lo observa todo sin que los demás lo sepan, pendiente de cada movimiento realizado en base. Un haz de luz que está pendiente de alumbrar y poner en medio del foco al hombre atrapado en vilo con sus intenciones de partir hacia la gloria y así, sin mayor dilación, armado con un brazo de fusil y un ojo de francotirador, arrebatarle la ilusión de la victoria y el escape.

El cacher es un ojo más en esta tierra vigilada, custodiada, sobreprotegida.

¹ Michio Kaku, en su ensayo *Física de lo imposible* (Debolsillo, México, 2016), aporta una tipología de las “imposibilidades”. Si bien su enfoque es mucho más científico que humanista, ligado a la física y no a la sociología, por ejemplo, las “Distopías”, bajo este parámetro, podrían calificarse al interior de las “imposibilidades de clase I”: fenómenos que “[...] podrían ser posibles en este siglo, o en el próximo, de forma modificada.”



La ficción distópica ha perdido su fuerza, mengua gradualmente su materia impetuosa. Ha perdido vigor. Y en la actualidad, aunque constante, se le ve débil, como a un perro contagiado por la sarna, invadido por la masa de un mortífero simbionte. Y es porque poco a poco su perfil conjetural —inherente a su propia concepción ficticia— se ha dejado invadir por las raíces próximas de esa contagiosa materia llamada Realidad. Lo que antes parecía distante, una mera invención lúdica, un “no pasará” invariable, es ahora un escenario posible que, como visto por el espejo lateral de un auto, “está más cerca de lo que aparenta”.

Sea pronta su asimilación (o no) en el futuro lindante, el carácter crítico de la ficción distópica es necesario. Su interés se enfoca en una o varias zonas específicas, según



Miranda Guerrero

la que precise llamar la atención. Su ojo, pese a exponer la tesis con crudeza, oculta cierta compasión, un tenue carácter altruista: el llamado de atención obliga, casi de forma paternal, a que se preste ojo a lo propuesto. Su criba es amplia: apenas se para: no disimula ni encubre. Y, sin embargo, es digerible. Su aparente lejanía permite asimilar con gozo las historias propuestas entre sus páginas; permite disfrutar la duración de su metraje y, a pesar de su notable cariz oscuro, no deja de ser más que un mero dispersor cuyo anclaje en el porvenir está, por ahora, bastante lejos de lograrse.

Pero la ficción distópica incita, debido a su severidad, a la reflexión inmediata: permite que el lector vislumbre un círculo de interés antes ignorado (la robótica, el totalitarismo, la tecnología, el belicismo, la crisis ecológica) y se cuestione, ahora, por qué está allí dicha cuestión, cómo funciona, y sobre todo: ¿es necesaria su existencia para el devenir histórico de nuestra sociedad? ¿Se está operando del modo correcto o es un elemento cuya construcción, desarrollo y futuro escapa a nuestro entendimiento? ¿Es pertinente dejar que el fenómeno se desarrolle aunque su evolución, aquello en lo que habrá de convertirse, se aparte del llamado “contrato social”, del *status quo*, cree sus propios valores morales y viole la franja de lo que consideramos “bueno”, o escape del espectro de “lo permitido”?

Concebir sociedades destruidas por el avance mal habido de la economía, la presencia constante de guerras o el fracaso ecológico de la humanidad permite al autor imaginar situaciones, extremistas en su gran mayoría, en donde se refleja la actualidad y su devenir. Alexander Naime apunta en su artículo que “la distopía



nos advierte que lo nuevo no siempre es lo mejor; que el progreso no es involuntario y puede ser peligroso; [...] que las máquinas y la tecnología pueden devorarnos”².

El subgénero existe porque apela a la catarsis. Del espectador depende crear consciencia en torno al tema o, por el contrario, quedarse con la idea de que el futuro tardará bastante en presentar lo ya advertido. Lo cierto es que la distopía muestra el castigo por el exceso y, como una gitana que lee el futuro en su bola de cristal, aconseja a no seguir dicho camino; o, en cambio, si la exclusión no es optativa, incita a mejorar algunos puntos clave y, así, evitar problemas que podrían traer consecuencias negativas en la posteridad.

La realización de su metáfora, o la elusión de la misma, depende aún del compromiso. Hoy en día, incluso con los hechos a su favor —con las noticias que corroboran los malestares, la parábola cumpliendo de a poco su sentencia ante los ojos inquietos de los escasos augures—, su razón alarmista carece de intérpretes. Las señales son claras, pero es más fácil ignorarlas. Vivimos un mundo de exégetas ciegos y egoístas.



La ciudad china de Shenzhen es un bello páramo industrial que alberga a más de 12 millones de habitantes; una zona comercial, cuna del gigante tecnológico Huawei, en donde el dinero y las acciones fluyen como un bravísimo avispero, en donde la tecnología está siempre en constante evolución. Caminar por los centros comerciales de esta provincia cantonesa es como hallarse en los escenarios futuristas de filmes clásicos como *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982), *TRON: Legacy* (Joseph Kosinski, 2010), o *Akira* (Katsuhiro Ôtomo, 1988). Shenzhen es, sin duda, una ciudad ligada al *cyberpunk* más estilizado.

Esta megalópolis, sin embargo, no sólo es conocida por su abundante comercio o por fabricar los *gadgets* que llegan a todas partes del mundo. Shenzhen es popular, también, por ser una ciudad estrictamente vigilada. Es cierto que sus grandes centros comerciales albergan la tecnología más reciente (celulares, cámaras de video, drones y un larguísimo etcétera), lo que da razón de su reciente expansión capital: la exportación es la base de su economía: la demanda ha beneficiado a su evolución; pero, ¿esto alcanza para explicar por qué sus calles albergan más de 220 000 cámaras que vigilan cada aspecto de la vida de sus habitantes?

Quizá. Pero no basta.

Las primeras cámaras se instalaron a finales de los años noventa: una peculiar movida para acabar con la delincuencia. Pero los ojos se han multiplicado gradualmente: “Sin apenas publicidad, y a menudo en secreto, las autoridades han ido ampliando su control hasta desarrollar el mayor y más avanzado intento de controlar a una población a través del video”³.

Estos dispositivos de video, además de la inherente cualidad de acumular información audiovisual, tienen la capacidad de reconocer a los habitantes a través de un *software* que escanea rostros. Millones de caras son escaneadas a diario. La

información se envía a una base central en donde es almacenada y se conecta con “chips que las autoridades están incorporando a los carnés de identidad de uso obligatorio y que contienen información sobre el pasado, el presente y el futuro de cada persona”⁴. Shenzhen es un lugar en donde es imposible pasar desapercibido: un lugar en donde los *paparazzi* no tienen trabajo, en donde hasta el más solitario tiene un ojo que lo cuide, en donde el reconocimiento no tiene nada que ver con la fama...

Este breve atisbo a la vida en Shenzhen recuerda, sin duda, a un episodio de ficción. En concreto: al argumento de *1984*, la célebre novela de George Orwell: inglés, periodista, autor de ficciones y profeta. La historia de la novela es ampliamente conocida: Winston Smith, hombre trabajador del Ministerio de la Verdad, decide rebelarse contra un sistema totalitario que reduce a sus habitantes con una observación constante y controladora, promovida por un gobierno que idolatra al “Gran Hermano”. La parábola de Orwell resulta visionaria. Su argumento, nacido de un desagrado, “auguraba el panorama de un régimen del terror que, en plena Europa, perfeccionaría los métodos de Stalin y Hitler en un tiempo previsible”⁵. Acusa y señala la abolición de la esfera privada, advierte sobre la vigilancia total, la privación del pensamiento. Denuncia el devenir del totalitarismo, incluso “antes de que el concepto entrara en el lenguaje de los historiadores”⁶.

A pesar de que la ficticia Franja Aérea 1 descrita por Orwell es sólo eso —un lugar apocalíptico, una distopía—, la región china de Shenzhen es real. Es posible caminar sus calles. Es posible alimentarse en sus restaurantes, dormir en sus hoteles, beber en sus bares y comprar en sus tiendas. Todo es posible, siempre y cuando no se quebranten las leyes impuestas por aquellos que vigilan. Siempre y cuando no se trasgreda el orden establecido. Siempre y cuando uno esté dispuesto a abandonar su anonimato.

Una sociedad estrictamente controlada, como la descrita en la obra de Orwell, resulta todavía lejana. Pero sus raíces ficcionales ya fueron cooptadas por el anzuelo de la realidad. El transcurso de la Historia, sus evidencias empíricas, ha dejado en claro que el *totalitarismo*, en toda su extensión semántica, es ampliamente reprochable. Hoy en día, los países que se inclinan por este tipo de gobierno han optado por quedarse al margen de esta evidencia y debido a su régimen son ampliamente criticados. Shenzhen es aún, al igual que el resto del territorio chino, un caso aislado: una planta de recién descubrimiento que, sin embargo, suelta esporas que contagian con premura. Si bien la gran mayoría de los países prefiere no adoptar con notable evidencia los puntos nucleares del totalitarismo, cuyo suplicio y castigo provocados ya no resultan aceptables, sí ejercen un tipo de control que parte del mismo dispositivo disciplinario: la observación.

El experimento aplicado a Shenzhen, de manufactura estrictamente carcelaria, hoy aplicada al plano urbano, es parte de un rentable plan de contingencia para reprimir a los civiles en caso de sublevación; pero, sobre todo, sirve para moderar la acción de las masas a partir del miedo: estar en constante vigilancia, ser consciente de que alguien te observa al cometer una infracción, resulta útil al sistema. Sobre los hombros hay siempre un ojo: la mirada que “[...] está por doquier en constante movimiento”⁷.

² Alexander Naimé Sánchez-Henkel, “Mundos imposibles: utopías y distopías del cine y la literatura”, en *La Jornada Semanal*, 15 de diciembre de 2019.

³ David Jiménez, “Un ‘Gran Hermano’ para 12 millones de personas de la ciudad china de Shenzhen”, en *El Mundo*, 9 de diciembre de 2007.

⁴ *Idem*.

⁵ Hans Magnus Enzensberger, “¡Pobre Orwell!”, en *Panóptico*, Barcelona, Malpaso Ediciones, 2016.

⁶ *Idem*.

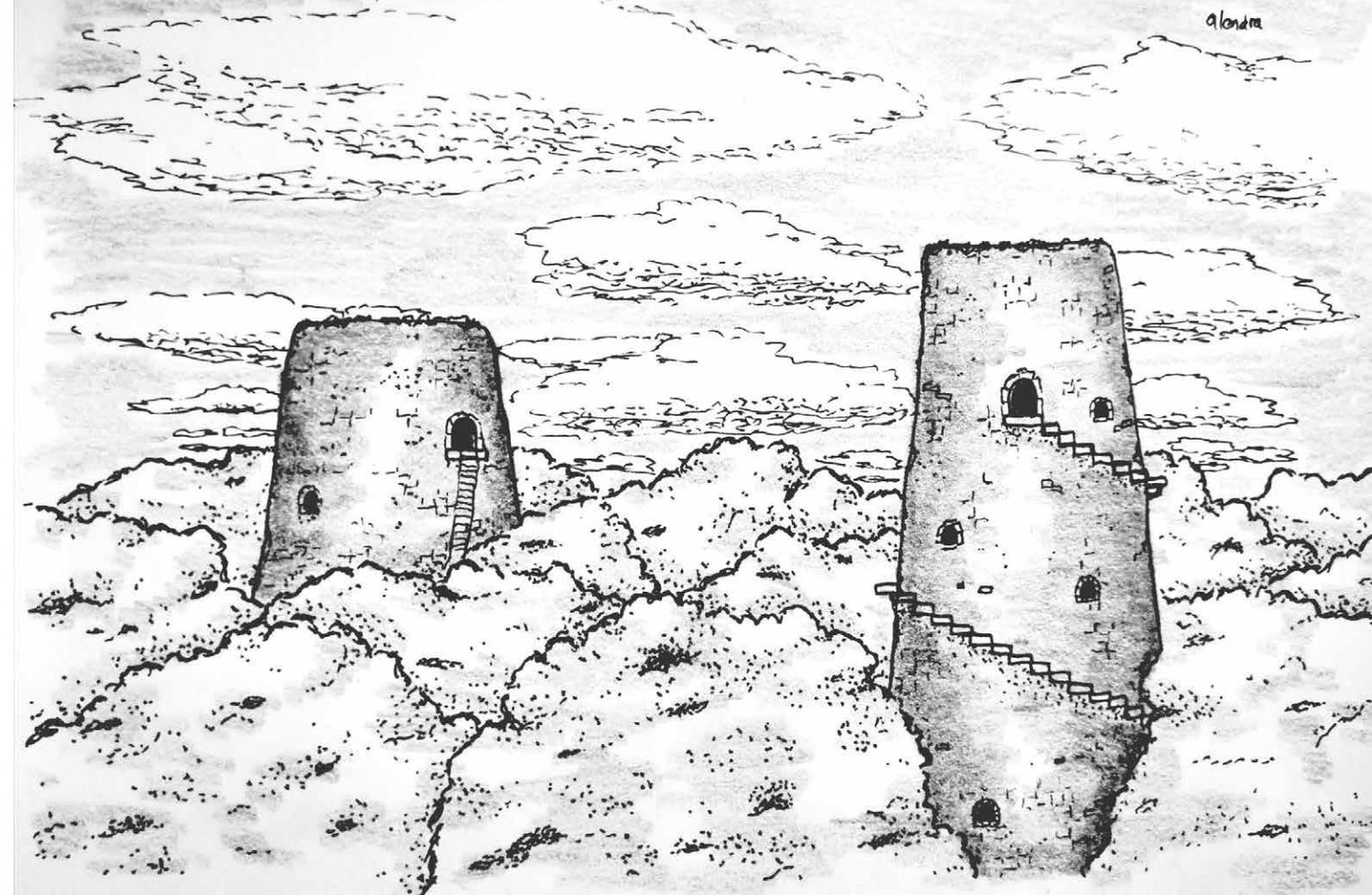
⁷ Michel Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 2019.

Esta técnica de represión nacida en la cárcel tiene su origen en el *panóptico*, un proyecto arquitectónico de reclusorio ideado por el filósofo Jeremy Bentham. “Su principio es conocido: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo”⁸. La idea principal de este tipo de arquitectura radica, al igual que en las calles de Shenzhen, en que los individuos —ahora una masa castigada, sometida a la presión del ojo: razón central del espectáculo: sujetos visibles, atrapados de vuelta en un suplicio medieval en donde el patíbulo se vuelve terreno de acción a los ojos de la justicia— están en perpetua observación.

En una cárcel de este tipo el vigilante se sitúa en la torre, al centro del edificio, y desde allí puede observar todo el panorama sin ser visto ni oído. Puede ver todo y puede escuchar todo lo que pasa en cada una de las celdas, en cualquier momento. Por el contrario, no existe ninguna posibilidad de que el preso vea, escuche o atisbe, siquiera un poco, hacia el interior de la torre en donde el vigilante merodea, pues cualquier indicio mínimo de ausencia podría resultar catastrófico para el orden impuesto dentro del sistema penitenciario. La torre es un ojo perpetuo: Sauron vigilando a la Comarca; HAL 9 000 cuidando a Bowman y a Poole. “De ahí el efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder”⁹. El panóptico es presencia y, en su sentido más elevado, aspira a la ausencia total: un estadio en donde no sean necesarios los guardias, pues la alienación es tal que los presos sienten una presencia perpetua, así no exista nadie que esté al tanto de sus acciones.

En la actualidad, este sistema disciplinario ha encontrado la manera de mantenerse fuera de las cárceles. Su terreno de acción no se limita sólo a los penales: la ciudad moderna es un lugar privilegiado para hacer posible sus efectos: los propios ciudadanos propician su implementación sin que sea notable: usan teléfonos con localización satelital, logran conexiones inalámbricas a la red de internet colectiva, hacen *check-in* en redes sociales y graban su día a día con la naturalidad de quien desayuna un plato de cereal. El entretenimiento sirve, incluso, a esta premisa: algunos *youtubers* crean canales en torno a su privacidad y comparten de todo: desde viajes y fiestas familiares hasta compromisos o reuniones de trabajo. Todo resulta rentable. Toda esa información valiosa engrandece el acervo del Ojo, que cada vez sabe más de nosotros. La intimidad es un constructo arcaico: la moda es estar en línea, compartir el día a día y actualizar el *feed* de las redes sociales: lo importante es mostrar lo que tenemos en tiempo real, sin importar que dicha información esté en las manos equivocadas. Es tan fácil localizar a alguien sólo con seguir su *timeline* en Twitter; resulta sencillo saber lo que hizo X o Y persona el día de ayer sólo con ver las *instastories* de su perfil en Instagram. El acoso virtual se ha convertido en una acción cotidiana en nuestra sociedad.

Los efectos del panóptico son tan prácticos que, actualmente, su presencia tiende a lo incorpóreo “y cuanto más se acerca a este límite, más constantes, profundos, adquiridos de una vez y para siempre e incesantemente prolongados serán sus efectos: perpetua victoria que evita todo enfrentamiento físico y que siempre se juega de antemano”¹⁰, es decir, que el Ojo se ha vuelto una figura semejante al aire: no tiene forma pero su presencia es innegable. Lo que se temía en un inicio hoy es una realidad:



Alondra Demari Guzmán Hernández. *El escape*

vivimos en una época en la que somos objetos de estudio constante. El Ojo vigila cada acción que realizamos: presencia nuestros gustos, estudia nuestras preferencias y sabe de antemano qué productos nos interesan.

La llegada del internet (y de los varios artilugios tecnológicos que se perfeccionan día con día) ha fomentado el crecimiento del Ojo y su poder. El panóptico dejó de ser un proyecto arquitectónico para volverse una doctrina que rige nuestra realidad. Su elevación hacia el plano incorpóreo ha permitido que los comisarios y ejecutivos, aquellos que moderan la vigilancia, gobiernen con tranquilidad, pues saben de antemano que poseen la ventaja del anonimato: son conscientes de cada movimiento en falso de los ciudadanos, como un pastor que cuida a sus ovejas. Con el puño en alto, prestos a aplastar a todo aquel que quiera rebelarse contra el yugo, manejan al planeta en silencio. Son celadores que caminan de puntillas:

[...] persiguen con un mínimo de ruido sus objetivos estratégicos más importantes, la vigilancia sin fisura y la abolición de la esfera privada. Sólo echan mano de la porra si no hay más remedio. [...] Ofrecen a los internos seguridad, atención, confort y consumo. Y pueden contar con el consentimiento tácito de los vecinos y con la certeza de que sus pupilos apretarán aplicadamente una tecla invisible que dice *me gusta*.¹¹

⁸ *Idem.*

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Hans Magnus Enzensberger, *op. cit.*



El Ojo mira. No se cansa. Parpadea poco; en ocasiones, ni siquiera eso. No deja de observar. Sabe lo que piensas; juzga en silencio y, sobre todo, castiga en secreto. Sin que se note. Apenas un hábito de pena, una sanción encubierta: una pizca de veneno en el café: el sabor del escarmiento escondido entre los taninos amargos del brebaje.



La creación de distopías cercanas a la dependencia tecnológica nos ha ayudado a reflexionar sobre la relación hombre-tecnología. Ha servido para alertar al público sobre las zonas más oscuras de su inherente presencia. Mostrar el malestar contemporáneo producido por la tecnología y la afección del ser humano, cuando se ve inmerso en un mundo repleto de avances que muchas de las veces escapan a su total comprensión del fenómeno, se ha convertido en un tópico necesario. La convivencia con las nuevas tecnologías nos ha puesto en novísimos caminos que resultan más cercanos a nuestra vida cotidiana: hoy en día es común convivir con la cibernética y sus aplicaciones, pero debido a su proximidad no se ha explorado lo suficiente, o resulta ajeno hablar de lo habitual en una suerte de ficción cruda que sabe más a ciencia ficción que a realismo puro. Esto es, ante todo, un problema de apreciación, de género, de enfoque... Pero es preciso mencionar que el resultado y la intención siguen siendo las mismas: incitar a la reflexión, apelar a la crítica.

La serie británica *Black Mirror* (2011) es una antología televisiva cuya principal premisa se basa en alertar sobre los peligros de la dependencia tecnológica en un presente alternativo que se rige a partir de la presencia de lo científico: entornos carcelarios altamente cibernéticos en donde es necesario acumular créditos para alcanzar la estabilidad económica y la *libertad*; futuros cercanos en donde es posible grabar todo lo que ocurre a nuestro alrededor; sociedades modernas que pueden aislar y bloquear a un individuo a partir de máscaras implantadas en las pupilas de los ciudadanos; entornos de castigos prometeicos que remiten al sistema penal de suplicio a partir de la manipulación de memorias; gobiernos belicistas que programan y usan a la mesnada en aras de lograr una limpieza racial... A lo largo de cinco temporadas, la paranoia tecnológica presentada por este programa ha servido para mostrar el lado oscuro de los avances mecánicos y programáticos. La tecnología presentada en sus episodios resulta todavía ajena, lejana; sin embargo, los dilemas morales que plantea son muy actuales: permiten visibilizar los espectros de acción de la actualidad y, como toda buena ficción distópica, apela a la reflexión casi como un síntoma inherente al goce estético de la misma.

Ésta es una serie llena de ojos: su intención alerta sobre esos aparatos que han afectado casi todos los aspectos de nuestra vida, incluso antes de poder concientizar su intromisión. Pero la serie no trata sólo de aparatos y tecnología, sino que engloba todo aquello que se esconde detrás: el espectro es amplísimo y así mismo lo hace ver su creador, Charlie Brooker.

El primer episodio, "The National Anthem", es una maravillosa carta de presentación. Curiosamente, es el capítulo con menos tecnología *per se*: no muestra un avance futurista en materia tecnológica, sino que se desarrolla en una época semejante a la nuestra. El argumento se resume así: después de una llamada nocturna, el Primer Ministro Británico despierta con la noticia de que la princesa Sussanah ha sido secuestrada por un personaje anónimo que resulta ser muy habilidoso para burlar a la inteligencia y a los satélites que vigilan, implacables. El cerril captor amenaza con matar a la princesa a menos que se emita en televisión abierta una relación sexual entre el ministro y un cerdo. El argumento resulta escabroso por sí mismo; sin embargo, el tema central gira en torno a los ojos y a la forma en que un hecho determinado puede anular todo contacto de la ciudadanía con la realidad en aras de presenciar un acto que extrapola los valores: el observador (el ministro) se vuelve pieza de museo, y queda bajo la mirada de las millones de personas que viven bajo su mandato. Esta inversión de valores resulta clave para comprender las intenciones del captor; este hombre deja que el conflicto se desarrolle y evolucione a partir de los ojos que ejercen presión sobre el Primer Ministro: la presencia de los espectadores es estrictamente necesaria para la realización de su mensaje. Al final, todo resulta ser un *performance* muy arriesgado que lleva consigo una declaración que, de una u otra forma, se sigue desarrollando a lo largo de los episodios restantes: ocultarse del Ojo, vivir en el anonimato, es hacerse de Poder. La forma en que se ejerce dicho dominio depende de las manos que lo llevan.

Los alcances más oscuros de la tecnología imperante, su relación con una humanidad cada vez más dependiente de los *gadgets* y su gradual intromisión en la vida cotidiana del usuario, puede verse también en la novela *Kentukis* (2019), de la argentina Samanta Schweblin. La autora crea, a partir de una serie de relatos intrincados, una novela clave para comprender el funcionamiento de la sociedad hipertecnologizada en la que nos hemos transformado, y va escalando gradualmente hasta mostrarnos aquello en lo que habremos de convertirnos si se sigue ese camino incierto, con el afán de mecanizarlo todo.

En esta novela Schweblin muestra los efectos de la tecnología y la alienación que produce el ser habitante de un mundo vasto y elitista y, a su vez, logra desentrañar las razones de la decadencia en el futuro próximo: se aventura a fabular sobre las necesidades del hombre nuevo en un mundo cada vez más frívolo, en donde la única forma de ser notado es a través de un kentuki, en donde la única compañía real es la de aquella máquina manipulada por un ser anónimo que paga por tener la oportunidad de entrometerse en nuestra cotidianidad. En donde el ojo adquiere identidad cuando hay dinero de por medio.



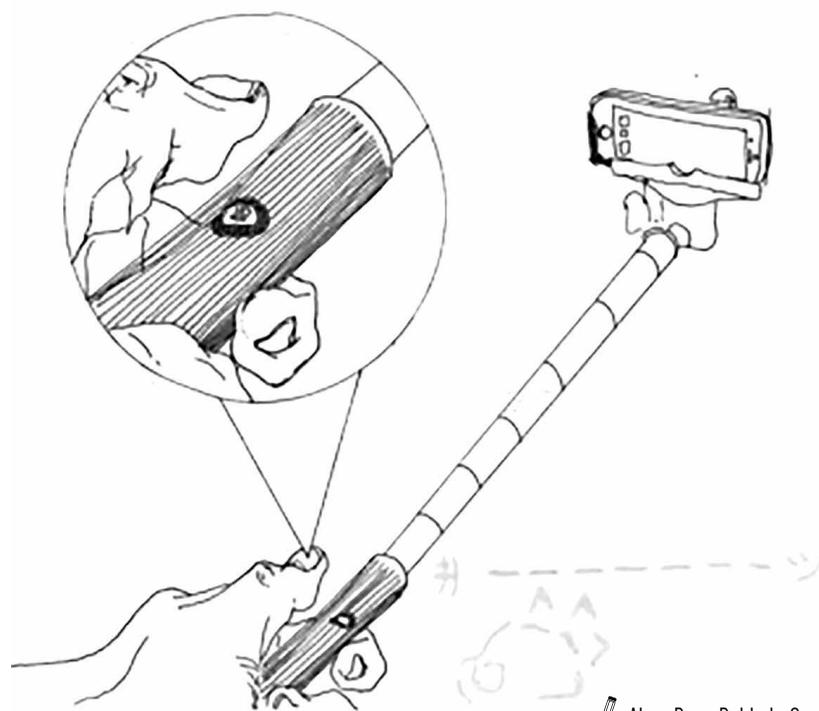
Al Ojo no le afecta el paralaje. Todo lo ve. Te mira incluso mientras lees este pasaje: aprende los gestos; reconoce la mirada; el ojo despierta en cuanto la pupila recorre la primera línea de texto. Su mirada no cesa. Dejar de leer no garantiza el escape: sabe todo sobre



ti, reconoce filiaciones y escruta la reacción de cada individuo que realiza la lectura. ¿Lo notaste, acaso? El silencio es su arma predilecta; su mayor embeleco es ser imperceptible.



Lo verdaderamente terrorífico es que hoy el Ojo ofrece sus servicios al mercado y no al verdadero control: al régimen totalitario. Ya es noticia conocida el hecho de que empresas como Amazon, Facebook o Google venden y filtran información sobre sus usuarios. De esta forma, los sistemas de reconocimiento artificial aprenden más sobre la persona que está detrás de la pantalla. Pero su principal intención es vender, más allá de cuidar. Es más rentable mantener a raya a la población, alentarlos a comprar lo que aparentemente necesitan, sumirlos en un estado de perpetua adquisición: tener más es ser mejor y forma parte de los efectos de un efímero estadio de felicidad que necesita ser saciado constantemente para permanecer allí. Es más útil mantenerlos en vilo, haciéndoles creer que van en busca de la felicidad y no presas del miedo creado por el despotismo. No es necesario tenerlos atados, tan próximos. No. Basta con soltar un poco la correa y hacerlos creer que viajan libres mientras el Ojo los estudia, crea oportunidades de mercado y engrosa los bolsillos de aquellos que, poseedores del verdadero anonimato, viven con la tranquilidad de quien apunta y no tiene el trabuco encasquillado. 📍



Alma Rosa Robledo Gaspar. Ecos

ABOLIR LA PARCIALIDAD

ARTURO MOLINA HERNÁNDEZ

Ensayo: Segundo premio

UNO

Ésos, hijo, son unos indios: vienen a la ciudad y no saben cómo comportarse, fijáte, me dice mi tío, al volante, mientras retiembla su claxon y rebasa un microbús a toda velocidad. Ellos, según mi pariente, son unos incultos que no han aprendido a comportarse en la metrópoli en ciernes que es Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.

La polarización en mi segunda nación es evidente. Para los seguidores del MAS (Movimiento al Socialismo) —y para gran parte de los críticos— esta separación entre indígenas, sus defensores y bolivianos tolerantes, y *el resto* —para no poner etiquetas genéricas— se ha dado desde la formación de la República, hace casi 200 años; para *el resto*, se agudizó con la llegada de Evo Morales a la presidencia.

Les dio poder y dinero a manos llenas, me dijo otra familiar algún día, cómo va a ser que una chola ande manejando tremenda camioneta del año, o, peor, que estén en cargos políticos, ¡en el Senado!, como si estuvieran preparadas. Qué es, pues, estar preparado para la política. Quién es apto y quién no. Estas dudas aún palpitan en mi cabeza, pero la que ahora trepida más, tres años después de esa tarde con mi tío y su lección sobre los indios que no saben convivir en la ciudad, es por qué lado debo decantarme.

Evo Morales llegó a México y eso me pone en aprietos, no tanto por las bromas que, acaso, me tocan de refilón, sino por mi total desinformación al respecto. Cómo evadir entonces, en mi calidad de mexicano-boliviano, la pregunta: ¿y tú qué piensas? Todos se pronunciaron, ya fuera a favor o en contra; con envilecimiento hacia el golpe militar, o bien en oposición a la gestión del compañero Evo, que se extendió por 14 años. Vargas Llosa habla del “fin de Evo”, Fabrizio Mejía Madrid denuncia el golpe. Incluso mi compañero de departamento está más enterado de la situación, él es extranjero. También me pregunta qué pienso al respecto, ante mi gesto de duda constante.

No hay lugar para la medianía. Como si esto se tratase de una historia escrita, no puedo quedarme en el terreno de lo liminal, sino arrojarme hacia arriba o hacia abajo, desplazarme a la izquierda o a la derecha. No ha habido nunca espacio para esa imparcialidad. Paulino Martínez, crítico punzante del régimen porfirista, fue condenado por su bando cuando también criticó ciertos procedimientos del movimiento revolucionario.

Bajo estos términos, si le digo “compañero Evo” y denuncio un golpe de Estado, estoy a favor de su dictadura; si condeno la dictadura y menciono sus corruptelas, soy antiplurinacionalista. Porque debemos abrazar un lado u otro, o nos convertimos



en seres de carácter incierto pues, según esto, no podríamos definirnos por una posición concreta y ello significaría la condena.

Cómo responderle a mi tío si busca una aprobación de mi parte, un gesto que reafirme su análisis antropológico. El mismo dilema: golpe de Estado o fin de la dictadura. Porque no puedo, en mi calidad de sobrino, decir: no, no estoy de acuerdo, primero en el uso despectivo de “indio”, tampoco en generalizar las cualidades viales de los conductores cruceños, o quienes migran de otras ciudades; tu claxon es más nocivo que la velocidad de ese microbús al que haces referencia; tú lo estás rebasando a él, eres el imprudente al menos en este momento. En cambio, esta actitud, tío, no va en detrimento de otras de tus capacidades como persona; eres un gran profesor, un padre ejemplar y el cariño que entregas a tus cercanos no tiene parangón.

Quizá ahora le respondería de esa manera. Tal vez mi tío diría: tranquilo, hijo; acaso no hablaría más. También cabe la posibilidad del ostracismo familiar.

Comprender las inclinaciones hacia una postura es el enigma perenne, como sucede con los defensores irrestrictos de MAS. Ellos son mi tío pero a la inversa, en defensa de la figura presidencial de Evo Morales. Por el contrario, les podría asegurar que la gestión de otrora no tiene igual en la historia del país, desbordarme en loas a su administración, pero también señalar las inconsistencias, el enriquecimiento ilícito y todo el escenario truculento que rodea al compañero. Ahí, entonces, existe la posibilidad de mi proscripción social izquierdosa.

Temerosos de la incongruencia, aprendemos a inclinarnos hacia algún lado porque así creemos alejarnos lo más posible de ella. No obstante, hay un riesgo mayor de abrazarla en esa ceguera que alcanzan a producir los extremos ideológicos. Deberíamos asumir la incoherencia como inherente a nosotros y abolir la parcialidad.

APARIENCIAS

Estoy sentado como un artista callejero que ofrece sus pinturas en una manta que bien podría ser el pasto recién podado. Pero no son pinturas las que se extienden en la foto, sino pequeñas lápidas blancas de unos 20 x 40 centímetros. En la más cercana, aunque en la foto no se alcanza a ver, se lee el nombre de mi padre, así como sus fechas de nacimiento y muerte.

Según John Berger, las fotografías son una mezcla de luz y tiempo, un instante que desafía el transcurrir de este último; una oposición a la historia. Mi foto en el Jardín de las Memorias, en Cochabamba, denota cariño, como si estuviera abrazando la placa. Un amigo dice que contrasta con la imagen recurrente de un cementerio, más bien saturada, por lo general, de melancolía y solemnidad.

¿Por qué pedí que me la tomaran? Es cierto que la subí a Facebook con el encabezado “Visitando a padre”, pero bien pude escribir “Te vamos a extrañar” y quien no conociera el contexto me habría mandado palabras de apoyo, de fuerza moral. Tampoco utilicé las palabras *recuerdo* o *memoria*, pues la imagen que tengo de él se ha formado a través de las viejas fotografías y de anécdotas que me han contado: murió cuando yo estaba por cumplir cuatro años y, a saber de los estudios neurocientíficos, no tenemos recuerdos previos a los tres años.

Quizá se trate de una retórica estúpida de mi parte, de una máscara adquirida para provocar conmiseración. Pobrecito, le falta su papá, vamos a darle un *me gusta* o un *me entristece*. Pudo haber sido otra máscara, una todavía más cínica, como la de mi papá al llegar a México con la familia de mi mamá: soy un estudiante buena onda, sí, tengo una hija en Bolivia, pero me hago cargo de ella. Lo que omitió, por otra parte, fue su perfil de mujeriego y su familia de Cuernavaca, que tuvo casi a la par de la relación con mi mamá.

Las imágenes de Evo Morales, tras su llegada a México, muestran a un exmandatario melancólico, un luchador social que fue despojado de su gente. Él, como mi padre, no mintió, pero sí omitió, u olvidó mencionar, que su reelección era inconstitucional y por eso la ciudadanía reaccionó furibunda. Si bien continúan confundidos ante la falta de un líder (algo que Evo también omitió u olvidó: formar un líder a quien traspasar la estafeta), los bolivianos denunciaron la manera en que se defenestró su decisión.

Tal vez los tres estemos tijereteados con el mismo artefacto. Imagino una fotografía simultánea: mi padre en la casa de mis abuelos maternos, yo junto a su lápida, Evo Morales frente al micrófono en el aeropuerto. Según el mismo Berger, se guardan las imágenes para quitarle al tiempo la posibilidad de destruir el momento; ellas contienen un pasado y un futuro, hay una apariencia de lo que está ausente. Quizá sean éstas uno de los objetos de mayor vulnerabilidad ante la parcialidad.

¿Cómo podría, entonces, titular estos momentos simultáneos? Pienso en Magritte y en todos los “mensajes” que una imagen puede transmitir, pero también vuelvo a Berger y su postulado de las fotografías acompañadas de texto: juntas producen un efecto de certeza, incluso de afirmación dogmática.



INTERCAMBIO DE S

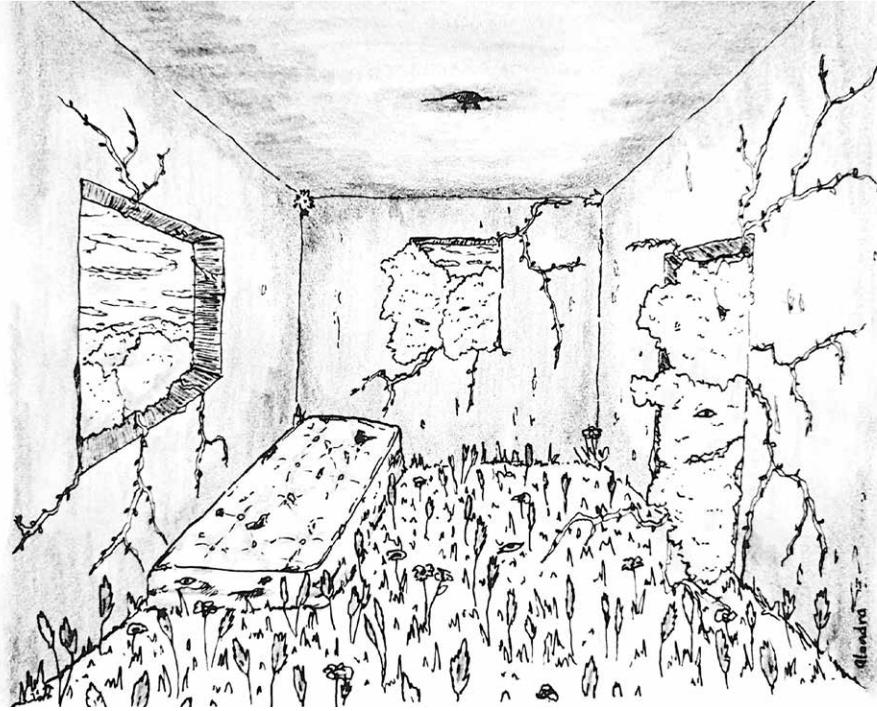
Doy zip y zap, no importa hacia dónde dirijo el curso de los canales. Los noticieros ya me abrumaron con el tema del referéndum. Aunque por muy poco, Evo Morales perdió la posibilidad de reelegirse una vez más; este día se conocerá, más adelante, como el 21F¹.

Hacía mucho que no veía televisión, pero acá en Bolivia no me alcanza para contratar internet, y el de la casa no llega a mi habitación. No pienso siquiera en leer: el calor en Santa Cruz es casi como el de Comala. Por fin decido abandonar el zipzap y la pantalla escupe un programa que veía hace años con mi hermana, uno que decayó en calidad, como todo lo que dura demasiado: *The Big Bang Theory*. Es un capítulo navideño. Los personajes deben intercambiar regalos: Penny obsequiará a Sheldon, y viceversa. Ella es una mujer convencional, de gustos enmarcados en la sociedad de consumo; Sheldon, doctor en Física, es calculador, racional y, a ratos, falto de sentido común. Está en un dilema, para él un intercambio de regalos se debe dar en términos equitativos: si recibe un regalo de 50 dólares, él tendría que devolver uno del mismo valor monetario.

¹ El 21 de febrero de 2016 se llevó a cabo el referéndum convocado por el gobierno boliviano para modificar la legislación. Por un pequeño porcentaje, el “no” a la posibilidad de reelección se impuso frente al “sí”.



Alondra Demari Guzmán Hernández. El cuarto que habitaba



Ante esta disyuntiva, se decide por una canastilla con productos de “belleza”, pero fiel a su postura compra seis tamaños distintos de canastas. Así, cuando Penny le entregue su obsequio, él sabrá cuál de ellos darle, cuál será el equivalente en valor intercambiable. Llegado el momento, Penny le extiende una pequeña caja cuadrada de cartón. De ésta, Sheldon extrae una servilleta sin ocultar su indiferencia. Ella le dice que se fije bien: la servilleta está firmada por Leonard Nimoy, un héroe del escéptico Sheldon, por su rol en la película *Star Trek*. Máxime, el pedazo de tela fue utilizado por el actor.

Estupefacto, Sheldon abandona la sala con la emoción de tener ADN de Nimoy entre sus manos. De su habitación vuelve trastabillando con todas las canastas en los brazos. Penny le pregunta qué significa eso y él, preocupado, le dice que tiene razón, es muy poco para igualar su regalo. Entonces se acerca muy lento a ella y le da un abrazo enternecedor. El gesto no se había visto para con nadie en las temporadas anteriores —y nunca sabré si lo repite en algún momento de las eternas temporadas posteriores—. ¿Es la búsqueda por la equivalencia, acaso, la misma que por la imparcialidad?

Para el antropólogo Igor Kopytoff, desde una crítica por la tasación de todo lo existente, cualquier objeto o persona tiene un valor —sintetícese la idea a todo aquello que habita en el mundo—. En la singularización, ese algo puede ganar estimación en lo personal y perder en lo comercial. Es decir, la valoración individual frente a lo colectivo y la mercantilización. Por ejemplo, en lo monetario. Una vez me dijo mi prima que los billetes de otro país eran, para ella, papel, dinero de juguete; en ninguno de

sus viajes terminaba de conectar con el valor personal de ese material con el que bien podría comprar casas y hoteles para sus propiedades en el Turista Mundial. Yo llevo en Bolivia más de ocho meses y, a pesar de la precariedad salarial en la que vivo, no consigo darle un valor real a esos papeles de colores que me entregan a final de mes. Sólo sé que los puedo intercambiar por comida y cerveza.

¿Cómo se puede medir, por ejemplo, un detalle? Nos resulta imposible equivaler una invitación a comer, ¿cómo la pagaremos al momento del intercambio? Sheldon podría decirnos, con tranquilidad y como lo hace en otro de los capítulos de *The Big Bang Theory*, que a partir del valor monetario: si me invitan una cena de 10 dólares, cuando sea yo quien regrese el detalle será, también, una de 10.

Hay otros dechados que nos arrojan su visión. Como Charles Lamb, quien intercambió el efluvio etílico por el del tabaco cuando mudó de amistades. Lo agobió un sufrimiento exacerbado pues los vicios no los decidió él, sino la gente que le rodeaba. El sentimiento negativo sería a causa de la injusticia, de la poca equivalencia que tiene el humo con el licor.

O bien la que muestra Valeria Luiselli en la segunda parte de *Desierto sonoro*, en la que retoma archivos de principios del siglo XX sobre el mercado de niños y jóvenes, como el del esclavismo en tiempos de legalidad: la persona como una mercancía con tal o cual valor de cambio.

En mi familia boliviana la transición al socialismo fue una mala inversión política —en el caso remoto, claro, de que ellos hubiesen votado por el presidente indígena—, un intercambio injusto que les restó privilegios: ya no podrían comprar el BMW, tendrían que conformarse con la Jeep; ¡¿qué?!, ¿un doble aguinaldo a sus trabajadores?, ese Evo está loco; adiós a la idea de un cuarto piso en la casa, ahora los impuestos no darían oportunidad de crecimiento.

¿Podrían, entonces, las opiniones pasarse al costo, como un intercambio de billetes? Éste —el de los billetes— es, quizá, el ejemplo de canje de equivalencias por antonomasia, de la idea adquirida que se toma en automático, sin cuestionarse. Aunque en realidad siga siendo papel para nosotros, damos por sentado que hay una equivalencia y confiamos en la persona de otro país con quien realizamos la transacción. Así, las opiniones podrían intercambiarse al costo sin convertirse en una mercantilización de las ideas.

Vuelvo al zipzap del televisor, veo sin observar. Otra vez los noticieros con la nota principal: el referéndum da como resultado el “no”, Evo Morales no podrá contender, una vez más, por la presidencia. Apachurro el botón rojo y me alejo hacia mí. En el camino a la cama emulo un intercambio de ideas, un intercambio justo con éste que habla en mi cabeza.

EL CARNET

Los faroles se extienden en serie hacia un infinito elevado: en Cochabamba las cadenas montañosas rodean muy cerca el angosto valle que alberga la ciudad —angosto, claro, en comparación con el de la capital mexicana—. La blancura artificial permea la acera y parte de la avenida. Mis pasos tienen la pesadez de la cerveza,



aun más que la provocada por la altura del altiplano. Mañana debo asistir al SEGIP (Servicio General de Identificación Personal) para tramitar mi carnet boliviano.

¿Necesito en realidad la doble nacionalidad? Me lo pregunto a diario, pero con mayor detenimiento esta noche. Como las madrugadas de desvelo universitario, previo a un examen, en las que nos cuestionamos si de verdad es necesaria una carrera en la vida.

Otra alternativa sería buscar uno de esos locales donde falsifican documentos, una suerte de Plaza de Santo Domingo boliviana. Muchos de mis primos, menores de edad, tienen el suyo con fechas distintas de nacimiento. Pero mi intención no es entrar a los boliches, para ello me basta con el pasaporte; sino darme de alta en el padrón electoral para votar “sí” al referéndum de Evo Morales para modificar el artículo 168, en el que se estipula que un presidente no puede reelegirse en dos comicios seguidos.

Intento sacudirme la pereza. Máxime porque lo más moroso ya está resuelto: invalidar uno de los dos certificados de nacimiento de mi padre. Ya sea por duplicación o inexistencia, el registro de nacimiento tiene la misma carga burocrática en ambos países.

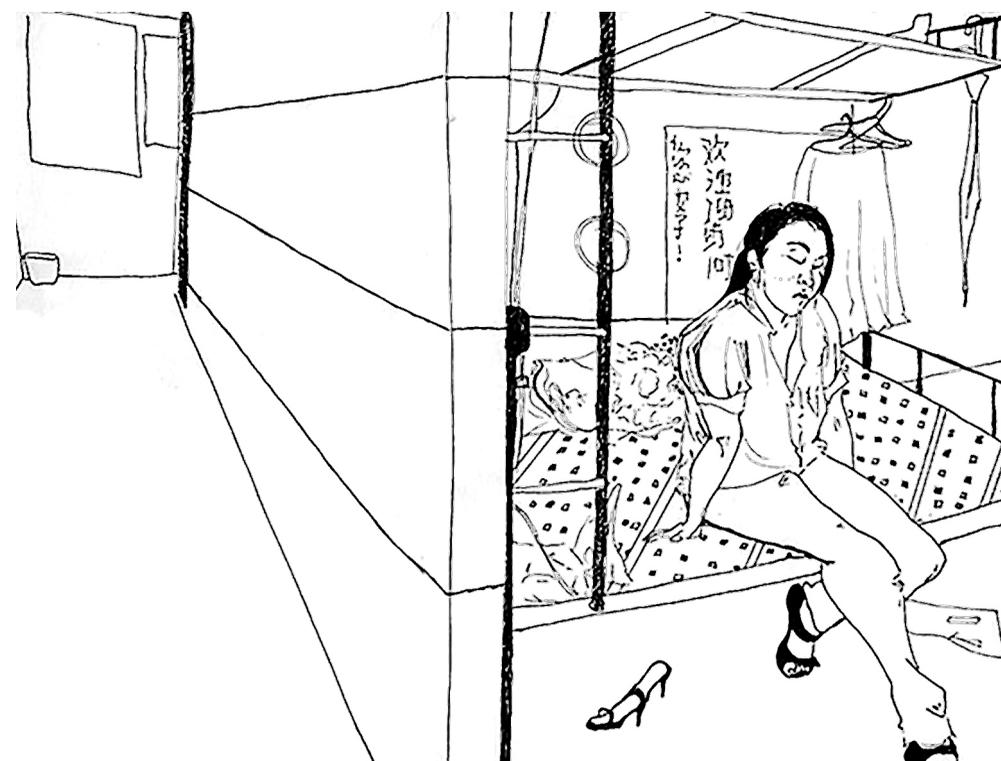
Continúo mi torpe caminata por el sendero de faroles hasta que algo en mi botín me detiene. Siento algo debajo de él —una ganancia porque con las cervezas en la cabeza no siento ni mis lentes sobre el tabique—; me agacho a recogerlo. Es una credencial enmicada: lo primero que veo es el fondo verde formado por una frase sin espacios que repite “ESTADOPURINACIONALDEBOLIVIA”. Al frente, dos rectángulos blancos sobresalen; el izquierdo es una foto individual, borrosa, del dueño —que se me hace conocido— con playera blanca y mirada impasible. En el otro cuadro se dibuja una huella digital forzada, como si el dedo se hubiese limpiado la tinta en él.

Cuando no sabía lo que significaba plurinacional, acudí a la omnipresente Wikipedia. Nadie me había explicado el sistema político en función. Lo único que me viene a la mente son las consignas de algunos familiares y conocidos: “Viva la República de Bolivia”, que me recordaba a los personajes de *Los miserables* en sus tertulias clandestinas. No obstante, estos deseos de regresar al régimen republicano significa la cooptación, una vez más, de los pueblos indígenas: plurinacional refiere al poder que se le otorga a ciertos pueblos, en territorios ancestrales, de autogobernarse.

Giro la cabeza en distintas direcciones como buscando al dueño del carnet que tengo entre las manos. La credencial me ilumina aún más que los faroles. Doy la vuelta para conocer el nombre del ciudadano que había tenido a mal extraviar su identificación, quizá evocándolo aparezca. Por encima de mi fecha de nacimiento, mi nombre y apellidos se me hacen más conocidos que la fotografía. Sacudo mi carnet, lo acomodo en mi cartera vacía y continúo mi caminata hacia la democracia.

CAFÉ CON LECHE Y MARRAQUETAS

Nuestro mundo muerto es una colección de cuentos escritos por Liliana Colanzi, una de las máximas representantes de la literatura boliviana contemporánea. En ellos se encuentra la voz de un pueblo, los acentos diversos de distintas regiones; también



Alma Rosa Robledo Gaspar

su polarización y costumbres. En uno de los relatos menciona, a primera vista superficial, un desayuno de café con leche y marraquetas (un pan muy parecido al bolillo). Me parece que en ese pequeño detalle está el calor hogareño del país; no solamente elucubraba el pan y el café, sino también la diversidad de alimentos matutinos, como el api con pastel.

Cuando pienso en Bolivia lo hago a través de la comida, de sus aromas, de la gente de las micros y de quienes atienden los negocios, de todo aquel lugar común. Pienso en los escritores de hace décadas: Jaime Sainz, Óscar Cerruto, Néstor Taboada, como también en las nuevas generaciones: Maximiliano Barrientos, Magela Baudoin, Rodrigo Urquiola o la misma Colanzi. Me resulta imposible pensarla desde su condición política, aunque, por supuesto, se trate de algo inherente a la vida misma.

Sigo sin saber cómo responderé la siguiente vez que alguien me pregunte “¿y tú qué piensas?”. Quizá pueda jactarme de la defensa de la imparcialidad, como afirmé al principio, con el riesgo de que esto parezca periodismo panfletario. Apelaré a lo que aquí defiende, incluso si la incongruencia propia de nuestra especie me provoca, el día de mañana, cambiar una vez más de perspectiva. Responderé, pues, a ese cuestionamiento con la mayor posibilidad de lo llano, con un lapidario: ¿yo qué pienso de Bolivia?, que nada podrá igualar un delicioso desayuno de café con leche y marraquetas. **P**



Daniela Guzmán. De la serie A media luz



EL ÓLEO Y EL CADÁVER

ROXANA CORTÉS MOLINA

Poesía: Primer premio

I

Recuerdo a Anne: sus tres
mujeres silenciosas en la
mesa de cocina.*

*Wisława y su discurso sobre
objetos perdidos.*

*Una jaula impregnada de
memoria según Remedios.*

*Virginia y su habitación
envuelta en llamas;*

*y otra cocina para hornear
galletas, amada Sylvia.*

*Todo lo matamos a causa del
amor, dice Castellanos.*

Respondo.

De antes nos llamaron *muertas*:

lienzo

fresco

cuadro

tela

boceto de la misma imagen,

borona y borona

contra piso.

Anidó la palabra de un hombre en nuestros días.
Su memoria pigmentó nuestro carnet de huesos
frágiles.

Un cadáver y otro

apilados sobre tierra:

de fondo,

un telón:

la descomposición del aroma.

Guardemos hoy la osamenta entre la carne.

Nuestra memoria impregna

olor cárdeno.

Recojamos pieza a pieza,

tono a tono.



De antes nos llamaron *muertas*:
 nómbraos hoy
violencia:
 la sangre siempre oscurece
 aun si su atmósfera
 está rodeada
 de linóleos vaporosos.

II

*Si todos vamos a morir, qué
 será de los que deciden
 cuándo. Si todas vamos a
 morir, qué será de los que
 deciden por nosotras cuándo.*

*Si acudimos a la muerte con
 la boca entumecida y sus
 finas líneas cárdenas.*

*A nosotras, reveló Anne, nos
 preparan para traicionar al
 cuerpo.*

Dicen que oscurezco
 pero no llego a ser noche:
 ellos, los de antes,
 dicen que enfermo,
oscura
 anido escarlata
 crezco anohecida
 en la transparente nota
 en la voz:
 vaivén de agua
 invertebrado canto
 en el sufrimiento asiste.
 Dicen que habito fondo,
 sitio de viejos gusanos
 primera agua
 acicalada la garganta.
 Ellos piensan mi cuerpo
 como una transparencia,
 pero *oscura*

III

*¿Qué es esto? Observé el
 espejo de mi carne, palpé un
 tumor blando entre mis
 huesos, respiré y hundí mi
 dedo en el ombligo.
 Un animal minúsculo
 —cada noche—
 conmigo duerme,
 de mí come.
 Llevo días observando,
 descubriendo quién
 es “él”. Animal
 invertebrado se acicala entre
 mi sombra.*

me encontré
 paisaje en ellos
 cetro reinando
 el camino hacia el bosque.

No llego a ser noche
 dicen que soy sombra.

Todo esto amanece y tiene algo de sombra,
 también algo de agua: encía y piedra,
 mordedura y diente falso.
Esto amanece
 en el espejo de mi carne,
 se descose en mi costilla:
 tres veces voz y agua
 tres lámparas de seda
 cárdeno hecho polvo
 óleo tendido en la ventana.
 El sueño
 cubre de pesado lienzo sangre,
 amanece agua
 amanecen piedras
 amanece una infancia
 prolongada en la memoria.

Esto
 la forma apenas de *quién sabe*



un animal que cede
un vestigio de mi sombra
un esbozo en veladura
un vaporoso ruido.

Amanece púrpura
mi reflejo en la ventana
anochece rojo
un hilo de mi boca.

Esto, algo negro,
embellece mi carne
otra forma de mí
que oigo respirar
desde el comienzo
mordedura,
diente falso
olvidado entre mis huesos.

A ti acudo, voz primera:
voz nacida de infancia,
piedra nacida de mi sombra.

IV

*Mi cuerpo: esto que se
desmorona. La herida en la
bóveda del cráneo como una
amorosa madre ceñida entre
las sombras.*

Un cadáver amanecerá baldío.
No tengas miedo, hermana:
conocías mi desenlace,
el ruido naciente de mi ojo.
Entre monstruos marinos
retornaré a la herida:

aunque ayer
descosimos
lento
ruina y ruina,
aunque ayer
hilamos
misma sutura,
intuyó nadie
este rumor de agua
ritmo fácil
en caída
gesto de carne
devorando noches.

Ayer, cuando hablaste en idiomas tejidos de
lactancia, se develó nuestro amor como
descomposición de la carne:

una imagen y otra entre paredes
el hilo de la vida
el hilo de tu aguja,
la muerte de mi amante,
el suicidio de mi novio.

Una imagen y otra
(*siempre hay otra*).

Esbozo de una mujer sin hogar.
Suite para piano en una casa sin mujer.

Una mujer sin casa,
eso es todo.



V

*Ellos tomaron mi cuerpo,
dijeron: aprenderás otro
idioma, confía. Entonces
habité un estruendo lúcido de
agua y piedra, su ruido
germinó en mi boca, su
tesitura. Ellos tomaron mi
cuerpo, y desde entonces
existe en mí un sonido que no
terminaré de pronunciar, un
monstruo de revelaciones.*

Toda mujer es una piedra; algo de piedra, en un
sofá de dimensión absurda: algo de agua, también
—pero sólo sonido de agua acariciando la
piedra—.

Agua tallando la piedra hasta intuir el mármol:
tesitura de una mano que celebra la contemplación
de ruina.

Toda mujer es Una en esta habitación envuelta en
humo. *Puede asombrarte* —me dice ella— *que de
la piedra surjan sutilezas inaccesibles a la mano.*
Por ejemplo, un objeto extraviado a mitad de la
cocina o un vaso de leche tibia en la habitación
envuelta en llamas. Es posible que brote también
sudor al ritmo de la carne: preposición de doble
filo que se desnuda y posa y se desnuda.

Podría ser piedra, es
Amanecer con monstruos marinos.

Podría ser carne, es lupanar creado de ceniza y
polvo.

Por ello, mientras mis amigas ríen, la imagen de
mi madre sale de mí para reconocerme, pero no
me reconoce. Nace un cadáver urdido en sábanas
de seda, ensoñación lejana a Bachelard quizá más
próxima a Stravinski que a un nocturno de Chopin
y el punto ciego.

Pero mamá —la imagen de mi madre,
en la esquina a contraluz de lámpara—:

estoy cansada porque también soy
algo de piedra, algo de mármol.

Un animal murmura toscos,
indescifrables sonidos:
monstruo marino amanece
mientras la vida suelta una carcajada.

VI

*Pequeños seres nacen en mí,
observa cómo ríen, cómo
relatan este holocausto de
visiones en nuestro sitio que
iba a ser de encuentro.*

Laura, Gissel, Oralia. Mar. A todas vuelvo.
Esbozaron una hermosa cicatriz entre mi párpado.

Recuerdo sus divorcios
su reunión de amantes,
recuerdo tres espejos
seis ojos aterrados.

Los míos veían acontecer
el rapto de Perséfone por Hades.

Y fueron rojas,
cárdenas las intenciones.

Cedí
caída lenta
agua tras agua
gotera en mí
algo quebró,
era *mi* piedra.



Regresa el ojo
 enmarañado
 de una mujer y otra.
 Camino hacia el espanto,
 regreso al viaje
 adentro
 ciega,
 hay tantas voces muertas
 en su corazón:
 a todas vuelvo
 —y mi carne sigue
 pernoctando a solas—.

VII

No sólo Saturno devora a sus hijos: nadie imaginó mi cuerpo flotando en la bañera. Nadie pensó en la carne, el impacto de la carne magullada y limpia: el agua, agua primera, agua de las primeras aguas. agua que escribe el abismo de mi lengua.

Laura, Gissel, Oralia, Mar.
 Todas se entregaron al mapa oscuro de la belleza.
 Esas mujeres perdieron en la cartografía de sombras
 Ofrendaron un mundo destruido por visiones:
 demasiada felicidad, después el miedo
 la duración del amor, después la ruina.
 Alumbraron a través de otro astro,
 llegaron a la estación perdida de sí mismas,
 sonrieron. *¿Has visto la luz?*, preguntó una.
¿No comprendes mi naturaleza?, dijo otra.
Debes estar ciega.

Nunca intuí su mapa oscuro, confesé:
 nunca comprendí el mundo femenino
 —porque no existe *un* mundo femenino—.

Todas se entregaron al mapa oscuro
 de la belleza,
 jamás vieron otra vez la luz.

*Debes encontrar, me confesó Anne,
 “algo parecido a un conocimiento femenino del mundo en el que se incluyen sutilezas inaccesibles a los hombres”. Algo, supongo, compartido y diáfano: proposición lógica, percepción profunda y clara. Un pensamiento nítido, puerta perceptual estrecha, directa llave que abra el cerrojo de mi cuerpo; que duela demasiado para que la búsqueda por algo incierto torne absolutamente hermosa.

Una batalla que pueda vencer desde la inteligencia.

Debes hallar algo parecido a un conocimiento femenino del mundo: no lo he encontrado, pero me ha herido el filo de su hoja.



Ese algún otro puede ser

CARLOS IGNACIO SÁNCHEZ RAMÍREZ “EMIR”

Poesía: Segundo premio

*Ella me amaba.
Un día me pidió
que encendiéramos la hoguera para siempre;
la mano me tembló,
cuando acercaba el fuego al atado de leña
la indecisión sopló sobre mi mano.*
Eduardo Langagne

*Seré siempre el que no nació para eso,
Seré siempre sólo el que tenía algunas cualidades,
Seré siempre el que aguardó que le abrieran la puerta frente a un muro que no tenía
puerta,
El que cantó el cántico del Infinito en un gallinero,
El que oyó la voz de Dios en un pozo cegado.*
Álvaro de Campos, traducción de Octavio Paz

I

No existe razón, pero
sé que hay algún otro yo
en un edificio cualquiera de mi calle,

que tiene fotos con sus padres
amurallando la pared que siempre
guarda las espaldas.
Fotos iguales a las mías.

Sé, sin saber cómo lo sé:
sus años son menos extensos a los míos.
Es decir, pisa el paso que yo dejo.

Hoy me mudo y quito los clavos,
puestos durante mi estancia,
para que la vida vuelva a ser la misma.

II

A Francisco Hernández, por el préstamo

*Incapaz de correr o desbordarse el agua
estancada le ha dicho adiós a las tentativas, a la rebelión.*
Vivian Abenshushan

*Irrumpes el sosiego del ocaso,
desentrañas el fondo cuando emerges
y el sol se posa en tu piel tostada.*

*Aquella piscina ensueña, entonces,
en ser el mar abierto,
y un pulso adentro, repentinamente,
hace que se desborde, cual caballos azules
barriendo la arena.*

*Una salada brisa se estampa
en este poema y ahora, y sólo ahora,
gaviotas, y no íntimos insectos, siguen tu paso.*

III

*De ausencias algunas, que antes fueron
mitad certeza y mitad visión legendaria,
esta profunda bestia que purpurea,
este andar errante
como latas de cerveza vacías que el viento
lleva a sitios inimaginables.*

IV

A Marco Antonio Campos, a Rubén Bonifaz Nuño
y a Eduardo Langagne, de nuevo, por los préstamos

*Desde hace días o semanas
los recuerdos me ciegan como un pozo,
y es infinitamente necesario decir:
Aquí debería estar tu nombre;*



y mostrar, inadvertidos días después, la gratitud
por aquel amor contraeterno,
por la generosidad de esas caricias
que huyeron tan de pronto
por el resquebrajo de la luz matinal.

Nadie jamás prometió nada.

V

Lo decente aquí es amar
a quien se acuesta con uno, estar de acuerdo
con la constante agresión de las horas
y llorar en las plazas públicas por sentir
cómo el amor es un avispero.

Pero, a ratos, a uno le da la gana,
lo escribo solemnemente, de echar el amor
por la borda de un barco de papel,
reír hasta chispase del solemne sitio
y cantar a lo blanco, gélido y hermoso
de la calavera.

VI

Blanquísima, que nos sirva tu piel
intacta, pálida, humillada,
de irrefutable prueba
de que el sol no sale para todos.

VII

A la envidia, un puñado
de magnánimos poemas le falta. Merece
innumerables odas, porque es corrosiva,
porque hay alguien habitando
ese trozo de mundo que a uno
le debió corresponder.

Es preciso escribir del odio del leproso,
de ese ríspido fuego que crece
al ver a un sano reír
ante el luminoso mediodía;

del odio de un tercero que sabe
del amor por el opuesto.

VIII

Ya no hurgues más entre las páginas
de aquel libro milenario.
Deja dormir a los inigualables escritores,
felizmente olvidados.

IX

¿Cómo escribir si el cúmulo de poetas asciende
proporcionalmente a la deuda nacional,
si ya ni reyes ni mecenas?

¿Cómo si el verso perfecto, el final idóneo,
que salvará a la poesía toda, se refugia
en algún resquicio de la memoria
al cual es imposible llegar?

¿Cómo, carajo, si alguien publicó
en sus obras completas
el poema soñado en la madrugada más lucida
y cómo si ese alguien lleva por apellido
Gelman, Castellanos o Sabines?

*Ya sé que lo que os gustaría es una Obra Maestra.
Pero no la tendréis.
De mí no la tendréis.
Carlos Martínez Rivas*



Viridiana Santamaría. Hormiguitas

X

Qué más da.

Los fracasos no son otra cosa que las muy inadvertidas muertes de las hormigas, porque también inadvertidas fueron, para nosotros, sus vidas minúsculas.

¿Qué dios errabundo se conmueve ante el reprobatorio examen, el despido o el poema que solamente logró ver luz en la puerta de un baño público?

¿Qué Dios detrás de Dios llora por las criaturas de un ser que, de tan perfecto, se oculta entre blancas ovejas celestiales?

La puerta del viernes,

de Tahar Ben Jelloun

DULCE MARÍA QUIROZ BUSTAMANTE

Traducción Literaria: Primer premio

Ustedes saben cómo ese lugar nos ha marcado a todos de pequeños. Salimos de él intactos..., al menos en apariencia. Para Ahmed no fue un trauma, sino un descubrimiento extraño y amargo. Lo sé porque habla de eso en su diario. Permítanme abrirlo para que les lea lo que escribió sobre esas salidas en la bruma tibia:

“Mi madre metió en una cesta pequeña naranjas, huevos duros y aceitunas rojas marinadas en jugo de limón. Ella llevaba un pañuelo sobre la cabeza que cubría la *henna* con que había teñido sus cabellos la víspera. Yo no tenía *henna* en los cabellos. Cuando también quise ponerme, me lo prohibió diciéndome: ¡eso es sólo para las niñas! Guardé silencio y la seguí al *hamam*. Sabía que pasaríamos allá toda la tarde. Iba a aburrirme, pero no había remedio. En realidad, prefería ir al *hamam* con mi padre. Él era rápido y me evitaba todo ese ceremonial interminable. Para mi madre era la oportunidad de salir, de ver a otras mujeres y de chismear aun bañándose. Yo me moría de aburrimiento. Tenía retortijones en el estómago, me asfixiaba en ese vapor espeso y húmedo que me envolvía. Mi madre se olvidaba de mí. Se instalaba con sus cubetas de agua caliente y hablaba con sus vecinas. Todas hablaban al mismo tiempo. Poco importa lo que decían, pero hablaban. Tenían la impresión de estar en un salón donde hablar era indispensable para su salud. Las palabras y frases brotaban de todas partes y, como la pieza estaba cerrada y oscura, lo que ellas decían parecía contenido en el vapor y se quedaba suspendido por encima de sus cabezas. Yo veía las palabras elevarse lentamente y chocar contra el techo húmedo. Allá, como puñados de nube, se fundían al contacto con la piedra y caían en pequeñas gotas sobre mi cara. Así me divertía; me dejaba cubrir de palabras que resbalaban por mi cuerpo pero pasaban siempre por debajo de mi calzón, lo que hacía que mi bajo vientre estuviera cargado de esas palabras convertidas en agua. Oía prácticamente todo, y seguía el camino que trazaban esas frases que, una vez llegadas al nivel más alto del vapor, se mezclaban y formaban en seguida un discurso extraño y a veces gracioso. Como fuera, yo me divertía. El techo era como una tablilla de escritura. No todo lo que se dibujaba en ella era forzosamente ilegible. Pero, como había que matar el tiempo, me encargaba de desenredar todos esos hilos y de extraer de ellos alguna cosa comprensible. Había palabras que caían con frecuencia y más rápido que otras, como: *noche*, *espalda*, *senos*, *pulgar...*, apenas pronunciadas, me caían en plena cara. Yo no sabía qué más hacer con ellas. De todas maneras, las hacía a un lado, esperando ser alimentado por otras palabras y otras imágenes. Curiosamente, las gotas de agua que caían sobre mí estaban saladas. Me decía entonces que las palabras tenían el sabor y el olor de la vida. Y, para todas esas mujeres, la vida era sobre todo reducida. Era poca cosa: la cocina, el quehacer, la espera y una vez por semana el reposo en el

Tahar Ben Jelloun, *L'enfant de sable*, Éditions du Seuil, 1985, pp 32-40.



hamam. Yo estaba contento para mis adentros por no formar parte de ese universo tan limitado. Hacía malabares con las palabras y de eso salían a veces frases sin pies ni cabeza, del tipo: ‘la noche el sol sobre la espalda en un pasillo donde el pulgar del hombre mi hombre en la puerta del cielo la risa...’, luego de pronto una frase sensata: ‘el agua quema... dame un poco de tu agua fría...’. Esas frases no tenían tiempo de ser elevadas por el vapor hacia lo alto. Eran dichas en un tono banal y expedito; no formaban parte del parloteo. De hecho se me escapaban y eso no me molestaba en absoluto. ¿Qué podía hacer con esas frases vacías, huecas, incapaces de elevarse y de hacerme soñar? Había palabras raras y que me fascinaban porque eran pronunciadas en voz baja, como por ejemplo *mani*, *claoui*, *tabún*... Supe más tarde que eran palabras que giraban en torno al sexo y que las mujeres no tenían derecho de utilizar: *esperma*..., *testículos*..., *vagina*... Ésas no caían. Debían permanecer adheridas a las piedras del techo que ellas impregnaban con su color sucio, blancuzco o café. Hubo una vez una disputa entre dos mujeres a causa de una cubeta de agua; se lanzaron insultos en los que esas palabras regresaban a veces en voz alta. De las alturas cayeron como una lluvia, y me regocijaba reuniéndolas y guardándolas secretamente ¡en mi calzón! Estaba incómodo y a veces temía que mi padre se encargara de bañarme como le gustaba hacerlo de vez en cuando. No podía guardar mucho tiempo las palabras en mi cuerpo porque me hacían cosquillas. Cuando mi madre me enjabonaba, se sorprendía al constatar lo sucio que estaba. Y yo no podía explicarle que el jabón que escurría llevaba todas las palabras oídas y acumuladas a lo largo de esa tarde. Una vez limpio me sentía desnudo, como liberado de harapos que me mantenían caliente. Después disponía de todo el tiempo para pasearme a mis anchas como un diablo entre los muslos de las mujeres. Tenía miedo de resbalar y caer. Me aferraba a esos muslos expuestos y entreveía todos aquellos bajos vientres carnosos y velludos. No era lindo. Era incluso desagradable. Al anochecer me dormía pronto porque sabía que iba a recibir la visita de esas siluetas que esperaba, provisto de un fuele, sin aceptar verlas tan lonjudas y corpulentas. Las golpeaba porque sabía que nunca sería como ellas. No podía ser como ellas... Era para mí



Julia Caminante. *Madrasa de Ben Youssef, entrada al patio central (detalle)*

una degradación inadmisibile. En la noche me escondía para mirar en un espejo de bolsillo mi bajo vientre: no había nada decadente; una piel blanca y lisa, suave al tacto, sin pliegues, sin arrugas. En aquella época mi madre me examinaba a menudo. ¡Ella tampoco encontraba nada! No obstante, se inquietaba por mi pecho que apretaba con lino blanco; ajustaba muy fuerte las vendas del tejido fino con el riesgo de no dejarme respirar. Había que impedir a toda costa el crecimiento de los senos. Yo no decía nada, la dejaba actuar. Ese destino tenía la ventaja de ser original y de estar cargado de riesgos. Me resultaba muy agradable. De un tiempo a otro algunos signos exteriores me confirmaban esta vía. Como el día en que la cajera del *hamam* me impidió la entrada porque consideraba que yo ya no era un niño inocente sino un hombrecito ¡capaz de perturbar con mi sola presencia en el baño la virtud tranquila y los deseos ocultos de mujeres honestas! Mi madre protestó por la forma,

pero en el fondo estaba feliz. En la noche se lo contó orgullosamente a mi padre, quien decidió llevarme con él al *hamam* en lo sucesivo. Me alegré en mi fuero interno y esperaba con enorme curiosidad esa intrusión en la bruma masculina. Los hombres hablaban poco; se dejaban envolver por el vapor y se bañaban con rapidez. Era un ambiente de trabajo. Terminaban sus abluciones velozmente, se retiraban a un rincón oscuro para rasurarse el sexo, luego se iban. Yo me paseaba y descifraba las piedras húmedas. No había nada sobre ellas. El silencio era interrumpido por el ruido de las cubetas que caían o por las exclamaciones de algunos por el placer que les causaba el masaje.

¡Nada de fantasía! Ellos eran sobre todo sombríos, estaban apurados por terminar. Más tarde aprendí que pasaban muchas cosas en esos rincones oscuros, que los masajistas no hacían sino dar masajes, que los acercamientos y reencuentros tenían lugar en esa oscuridad,

¡y que tanto silencio era sospechoso! Yo acompañaba a mi padre a su taller. Él me explicaba el curso de los negocios, me presentaba a sus empleados y a sus clientes. Les decía que yo era el futuro. Yo hablaba poco. La venda de tela alrededor de mi pecho me apretaba siempre. Iba a la mezquita. Me gustaba mucho encontrarme en esa inmensa casa donde sólo eran admitidos los hombres. Rezaba todo el tiempo, equivocándome a menudo. Me divertía. La lectura colectiva del Corán me daba vértigo. Fingía rezar junto con todos y salmodiaba cualquier cosa. Experimentaba un gran placer al burlar aquel fervor. Maltrataba el texto sagrado. Mi padre no se daba cuenta. Lo importante, para él, era mi presencia entre todos esos hombres. Allí aprendí a ser un soñador. Esta vez miraba los techos esculpidos. Sus frases caligráficas. Ellas no me caían sobre la cara. Yo era quien subía para reunirme con ellas. Escalaba la columna con ayuda del canto coránico. Los versículos me impulsaban con bastante rapidez hacia lo alto. Me instalaba en el candelabro y observaba el movimiento de las letras árabes gravadas en el yeso y en la madera: Enseguida partía sobre el dorso de una hermosa plegaria:

إن ينصركم الله فقد غالب لكم

“Si Dios les da la victoria,
nadie podrá vencerlos”.

”Me colgaba de Alif y me dejaba arrastrar por Nun, que me depositaba en los brazos de Ba. Así me tomaban todas las letras que me hacían desplazarme por el techo y me regresaban lentamente a mi punto de partida en lo alto de la columna. Desde allá me deslizaba y descendía como una mariposa. Nunca rozaba las cabezas que se balanceaban leyendo el Corán. Me hacía pequeño y me posaba en mi padre, a quien el ritmo repetitivo del Corán adormecía lentamente. Salíamos de la mezquita a empujones. A los hombres les gustaba repegarse unos con otros. Se abría paso el más fuerte. Yo me escurría, me defendía. Mi padre decía que siempre había que defenderse. En el camino comprábamos leche cuajada colada en una tela blanca. Luego pasábamos al horno por el pan. Mi padre se adelantaba. Le gustaba verme desenvolverme solo. Un día me atacaron unos maleantes



que me robaron la tabla para el pan. No puede pelear. Eran tres. Llegué a la casa llorando. Mi padre me dio una bofetada que todavía recuerdo y me dijo: '¡No eres una niña para llorar! ¡Los hombres no lloran!' Tenía razón, ¡las lágrimas son muy femeninas! Sequé las mías y salí en busca de los maleantes para pelearme. Mi padre me alcanzó en la calle y me dijo que era demasiado tarde...".

Aquí cierro el libro. Dejamos la infancia y nos alejamos de la puerta del viernes. Y no la veo. Veo el sol que se inclina y sus rostros que se levantan. El día nos deja. La noche va a dispersarnos. No sé si es una profunda tristeza —un abismo cavado en mí por las palabras y las miradas— o una extraña ironía en la que se mezclan la hierba del recuerdo y el rostro de la ausencia lo que quema mi piel en este momento. Las palabras del libro tienen un aire anodino y, yo que lo leo, me siento separado de mí mismo. ¡Oh, hombres del crepúsculo! Siento que mi pensamiento se extravía y divaga. ¡Sepárenos en este instante y tengan la paciencia del peregrino! 

Julia Caminante. Atajos de luz, Madrasa de Ben Youssef



La travesía y El sueño

Fragmentos de *Breve elogio de los fantasmas*, de Nathacha Appanah

ANA LUCIA NAVARRETE ROSAS

Traducción Literaria: Segundo premio

La travesía

A mediados de los años 2000, realicé una serie de entrevistas para la Radio Suisse Romande sobre el dios hindú Shiva y platicué con muchos exégetas, profesores e investigadores. Después de cada conversación, siempre llena de una precisión ejemplar y exhaustiva, me iba con una gran admiración hacia esas personas que pasan su tiempo aprendiendo, entendiendo, poniendo en perspectiva y analizando. Una de aquellos expertos, una mujer sumamente elegante y gentil, me recibió en París en un pequeño departamento del siglo XVII para hablarme de los simbolismos asociados a Shiva. Otro daba clases en una universidad que se situaba en las colinas de Neuchâtel. Creo que fue este último quien me explicó a fondo la relación de los hindúes con sus dioses —una relación sin intermediario, pues no hay Papa ni jefe de la Iglesia— y la importancia de los rituales de tránsito en sus vidas. Discutimos de su relación con la muerte, que ya conocía un poco, pues crecí en una familia hindú tradicional. Me enseñó que durante la incineración de un cuerpo en la pira, el cráneo debe explotar por el efecto del fuego para que el ritual de purificación del alma y de la destrucción del cuerpo material se complete. Así es como Agni, el dios del Fuego, puede llevar el alma al dios de la Muerte. Si el cráneo no explota, el sacerdote funerario tiene que romperlo. De lo contrario, antes de reencarnar o no, el alma existirá en forma de fantasma durante varios días. Un hindú cuyo cráneo permanezca intacto después de la ceremonia deambulará para siempre en forma de fantasma. Por eso, mientras se incinera un cuerpo, siempre hay una persona que lo vigila.

Cuesta abajo, hacia la estación de Neuchâtel, en ese lugar tan alejado de mi país natal, me acordé de lo que mi padre me dijo después de la incineración de uno de mis tíos. Éste, que fue un hombre apreciado por todos, acababa de morir de forma cruel y en condiciones horribles. Lo atropelló un camión mientras caminaba en la banqueta, estuvo varios días en coma, y su muerte conmocionó a toda la familia. Tenía dos hijos pequeños. Mi padre formó parte de aquellos que acompañaron el cuerpo desde su casa hasta la pira. Las mujeres y los niños nunca participan en esa procesión. Cuando volvió a la casa me contó, con una voz cansada y triste, que el sacerdote funerario que estaba presente en la incineración tuvo que romper el

Nathacha Appanah, *Petit éloge des fantômes*, Gallimard, 2016, pp. 45-54, 55-63.



✍ Miranda Guerrero

cráneo del tío. Le pregunté por qué se hacían ese tipo de cosas y, como a los niños que preguntan sobre el significado de los rituales, me contestó con un vago *coumsa sa*. Así son estas cosas.

Fue mi padre quien encendió las piras de mis abuelos. Él es el hijo mayor, es su deber, y yo nunca me atreví a preguntarle si sus cráneos explotaron solos o si una persona tuvo que usar un garrote para romperlos.

Algunas de las tradiciones hindúes que mi tatarabuelo llevó consigo desde la India fueron edulcoradas y distorsionadas; otras, supongo, desaparecieron. Sin embargo, la ceremonia del paso de la vida a la muerte se sigue al pie de la letra en mi familia. No me encontraba en Mauricio cuando mi abuelo murió, pero incluso en París respeté el ayuno y guardé un periodo de duelo. Cuando mi abuela murió, yo todavía vivía en la isla y viví con su fantasma durante varios días.

Ella pasó los últimos años de su vida en la casa de su hija. En una casa irregular que no estaba terminada, le-

jos de su gran casona de Pitón. Dormía en una pequeña cama baja en una habitación minúscula. Creo que se podía visitar a mi tía sin percatarse de la presencia de mi abuela. Cuando murió, la instalamos en medio de la sala de estar para velarla, vestida con un bello sari y ataviada con sus joyas. Todavía me acuerdo perfectamente de su cara serena, color miel; parecía que estaba dormida.

Al día siguiente de su incineración comenzó el periodo de gran duelo. Sus cenizas habían sido esparcidas en un río (metáfora del Ganges), pero ella no se había ido por completo. En el transcurso de ese ritual de tránsito que dura 10 días, la familia (sus hijos y sus nietos) vive en un punto intermedio, extraño y tranquilo. Vamos al trabajo o a la escuela, tomamos el autobús, saludamos a nuestros amigos, los escuchamos, a veces reímos; sin embargo, es como si anduviéramos siempre con unos audífonos en las orejas. Sólo comemos cosas preparadas en la casa, nos mantenemos lejos de las distracciones y de las fiestas, estamos un poco en otra parte. Aceptamos que las

lágrimas vengan sin avisar y los que nos rodean las aceptan también, porque saben que estamos “en duelo”.

Cada noche, en la mesa, se ponía un plato para mi abuela, y cada noche que duró ese gran duelo la imaginé comiendo conmigo. Eran comidas que apreciaba en vida, platillos vegetarianos simples, una verdura que recogimos del jardín, tomates, arroz, granos secos o un chutney. El sacerdote leía unas plegarias en sánscrito que nadie entendía, pero pensé en cuánto le gustaban a mi abuela ese tipo de plegarias y de atmósferas piadosas. Hablábamos de ella, a veces caían lágrimas, pero ya no era tiempo de lamentaciones. El fantasma de mi abuela estaba ahí, pero no debíamos retenerlo con nuestra tristeza, con nuestros lamentos ni con arrepentimientos. Todo debía llevarse a cabo perfectamente para que su fantasma pudiera pasar de forma tranquila del mundo de los vivos al de los muertos, pero no sólo eso, porque para los hindúes la muerte no es un final. Ese fantasma, esa alma, iba a reencarnar, y esa reencarnación dependía de su karma. El karma es la suma de los actos de una vida, pero también la manera en la que cumpliste tu papel en la tierra. Además, cada hindú tiene un *dharma*, una tarea a realizar durante su vida. Los textos sagrados dicen que si un alma no entendió y aceptó su *dharma* puede renacer indefinidamente, conocer sin cansarse las mismas situaciones y, a veces, cruzarse de nuevo con las mismas almas. Probablemente ése es, para mí, el aspecto del hinduismo más difícil de entender. ¿Cómo saber cuál es nuestra tarea? ¿Será la de pelear, la de someterse o la de ceder?

Durante ese periodo de gran duelo, cuando el fantasma de mi abuela estaba siempre con nosotros, intenté imaginarla pasando de un mundo a otro. ¿Cómo era ese lugar en el que caminaba?, ¿era un prado hermoso?, ¿era el paisaje de su infancia con los campos de caña sin fin?, ¿era un paisaje árido y montañoso como lo describe el *Mahabharata*, la gran epopeya sánscrita de la mitología india? ¿Estaba lista para partir? Cuando veía su plato y su vaso de agua perfectamente colocados pensaba en su alma que debía estar, en ese mismo momento, delante del dios de la muerte y juez de los hombres, Yama. ¿Cómo iba a comportarse? ¿Qué iba a decir en su defensa para demostrar que había hecho lo mejor, que había cumplido con su tarea?

Junto a su fantasma, en esa atmósfera tranquila y meditativa, volví a pensar en lo que contábamos de mi abuela. Decíamos que ella sabía salir de apuros muy bien, que lograba convencer a las personas. Me acuerdo de que una vez fue al hospital a visitar a un miembro de la familia, pero había llegado después de la hora autorizada. Era un lugar muy estricto en ese aspecto (los niños, por ejemplo, no eran admitidos). Sin embargo, ella logró entrar, acompañada del jefe de medicina en persona. Ella dijo, sin que pareciera gran cosa, que le habló y que él entendió la situación. Mi abuela tenía algo, una inocencia, una labia, una manera de hablar que era enternecedora y que hacía ceder a cualquiera, así fuera médico, ministro o inspector de autobús.

El otro nombre que recibe Yama, el juez de los hombres, es Dharmaraja, el rey de la ley cósmica del universo. Era bajo esta última forma que Dharmaraja iba a “evaluar” el alma de mi abuela y a establecer la retribución justa que resultara de su karma. Sucede que mi padre lleva también como nombre Dharmaraja.

Imaginé a mi pequeña abuela delante del juez de los hombres, esperando el veredicto. Dharmaraja estaría juzgando su paso sobre la tierra, y estoy segura de que mi abuela le habló de su hijo adorado a quien llamó como él, y que eso, esa pequeña trivialidad de mortales —un nombre de dios que le puso a su hijo— conmovió al rey de la ley cósmica. Estoy segura de que, en su piel de mortal o en forma de fantasma, mi abuela supo arreglárselas.

El último día del gran duelo nos reunimos alrededor del sacerdote. Estaba nublado y húmedo. La mesa había regresado al centro de la estancia, cubierta con su mantel de hule, con su florero con flores de plástico y con sus chucherías decorativas. Una noche antes, se había colocado un pequeño montículo de arena en una esquina de la habitación. El sacerdote explicó que al final de esa última ceremonia leería la arena para saber si mi abuela tendría una bonita reencarnación.

Durante todo ese periodo nos tranquilizamos, volvimos a reír y a sonreír, volvimos a pensar en el mañana y en las cosas por hacer. Uno de mis primos bromeó diciendo que esperaba que esa noche las cucarachas no hubieran caminado sobre la arena... El sacerdote rio con ganas y dijo: “ah, hay algunos que vuelven a nacer en forma de



cucaracha". Lejos de pensar que nuestra abuela pudiera renacer en un insecto escalofriante, también nos reímos.

Era tiempo de decirle adiós al fantasma. ¿Dónde estaba en este momento esa mujer que me dio tanto? ¿A mi lado? ¿Lejos de mí? ¿En mi corazón? ¿En mi cabeza? ¿Cuánto tiempo permanecerá en mi memoria su rostro? ¿Durante cuánto tiempo más podré invocarlo sin tener que ver una de sus fotos? El sacerdote tomó el plato en el que estaba el montículo de arena y lo colocó junto a él. Durante todo el tiempo que duró la ceremonia observé ese montón de arena. Pensaba que el sacerdote iba a terminar con una pirueta, con un proverbio indio sacado de la manga, con algo que nos tranquilizara porque no había ningún rastro sobre la arena color crema. Ninguno. La ceremonia terminó y, de repente, no sé cómo, hubo calma y un rayo de sol iluminó el plato. El sacerdote volteó hacia mí y dijo: "he ahí la luz". Con una alegría que me hizo llorar, pensé: lo logré.

El sueño

De un día para otro, empieza a despertarse bruscamente a mitad de la noche. La primera vez, un martes, le toma unos instantes entender que los ruidos sordos y entrecortados que escucha son los latidos de su corazón. Tiene miedo. Pero no sabe de qué. A medida que vuelve en sí y que su respiración se calma siente que, como un animal sigiloso, ese sentimiento de miedo se aleja de ella. Se dice a sí misma que seguramente tuvo una pesadilla y le echa la culpa al róbalo que se comió en la cena. Su madre decía que comer ciertos pescados en la cena provoca pesadillas. Una vez, hace mucho tiempo, en un autobús repleto que olía a metal y a sudor, su madre le enseñó la lista de los pescados que provocan malos sueños, pero ¿el róbalo formaba parte de esa lista? No se acuerda. Recuerda la forma en la que su madre estaba sentada aquel día en aquel autobús, con la espalda erguida y las manos sobre las rodillas, y cómo ella, con la espalda inclinada y las manos agarradas del asiento delantero, tenía que inclinarse hacia la boca de su madre para escuchar la composición de aquella lista que provoca pesadillas.

Al día siguiente de ese martes se siente un poco cansada; sin embargo, se le pasa después de devorar un desa-

yuno consistente y equilibrado. André, su marido, ya se había ido a trabajar, sonríe al ver su taza, su plato y sus cubiertos secándose en el escurridor. Cuando llega a la oficina se olvida de ese miedo sordo, de su despertar brusco, de su madre y de los pescados. En la noche cena con unos amigos, una cena que se pactó hace tiempo, le envía un mensaje a André: "todo el mundo te manda saludos, no me esperes, te amo". Escribió: "todo el mundo te manda saludos", así, para decirle que todos piensan en él, pero en realidad nadie preguntó por André. Es cierto que hoy en día las personas tienen mucho que hacer, están los hijos, los maridos, las esposas, los padres, las casas, los préstamos, las preocupaciones y las vacaciones. Sin embargo, todo el mundo le preguntó con un poco de insistencia cómo estaba. Come poco, pues la comida le parece insípida y de textura blanda. A la hora del postre todos los amigos (eran siete en la mesa) sacan sus agendas para anotar las próximas cenas. Quieren incluirla, pero cuando responde que debe pedirle su opinión a André, sonríen y evitan mirarse. ¿Qué les pasa a todos esta noche? Tiene prisa de regresar a casa y, en ese restaurante ruidoso, una ola de ternura por André la alcanza. Piensa en su taza, en su plato y en sus cubiertos en el escurridor. En ese mismo momento visualiza perfectamente el departamento que ambos comparten, las luces tenues, las cosas bien ordenadas, una musiquita nocturna y unos libros, pero no ve a André. Aprieta su servilleta con el puño, pero más bien es toda su vida la que aprieta, esa vida de ausencias y de detalles que atesora.

Aquella noche y las que siguieron, se despierta abruptamente con el corazón latiendo a mil por hora y con la garganta seca. No intenta acurrucarse junto a André, no quiere despertarlo pues tiene el sueño muy ligero. Se levanta y se acurruca en un sofá, sobre una manta. El viernes se queda dormida durante una reunión, un sueño profundo, irresistible, cálido; cuando abre los ojos está sola en la sala. Mortificada, espera un llamado de su jefe de servicio, pero nadie le hace ningún comentario. Confundida y avergonzada, pone de pretexto un dolor de cabeza y abandona la oficina. Todos los colegas, sin excepción, le sonríen y le dicen que descanse bien. En la calle, la calma de la ciudad en pleno mediodía le hace bien. Entra a una farmacia decidida a conciliar el sueño.

Durante una semana entera cena temprano, antes de que regrese su marido; reemplaza su té de las cinco por una tisana de manzanilla, no ve la tele en la tarde, sigue un tratamiento de magnesio; después, durante una semana, toma unos comprimidos verdes de una mezcla de plantas orgánicas llamadas *sueño*; antes de acostarse bebe un vaso de leche caliente con una cucharada de miel y se pone tapones en los oídos.

Sin embargo, nada funciona; se despierta siempre con la misma brusquedad, con los pelos de punta y el corazón latiendo a mil por hora. Siempre es a la misma hora, un poco antes de las dos de la mañana. Durante algunos segundos se siente muy sola, muy desamparada, muy espantada, demasiado espantada. Le gustaría mucho contarle eso a André, pero apenas si lo ve, le había hablado de un viaje o de un asunto que tenía que arreglar urgentemente; ya no sabe, pues no tiene la mente muy clara, sus días están cubiertos de un velo que nubla su mirada y tapa sus oídos.

Una mañana, no se acuerda de la fecha ni del día, escuchó la duela crujir y saltó de la cama. Pero no había nadie en el pasillo. El departamento estaba vacío, polvoso, mal arreglado. Le pareció un departamento extraño, abandonado, habitado por fantasmas. Hay una chamarra, sólo una, colgada en la entrada, y unas botas de montaña, gruesas y llenas de fango, que no reconoce. En la cocina mira fijamente y por un largo rato la taza, el plato y los cubiertos de su marido en el escurridor. En ellos ve un poco de André. ¿por qué no está ahí cuando ella está tan débil y tan cansada? Comienza a hablarle a la taza, aquella en la que su marido coloca sus labios cada mañana. ¿Dónde estás? ¿Cuándo regresas? Te necesito tanto. Empieza a llorar, tiene sus manos en la orilla del fregadero y la cabeza inclinada sobre éste. Se pregunta de dónde viene esa tristeza. Llama a la oficina para disculparse, no ha regresado desde hace varios días, le solicitan, amablemente, una constancia de incapacidad.

Por la tarde, va con su médico. Se conocen desde hace mucho tiempo y el doctor B. es también el médico de André. Le cuenta de sus noches agitadas, de sus sueños interrumpidos bruscamente todas las noches a la misma hora. El doctor B. la examina pacientemente. Sus dedos son frescos, su tacto es dulce, sus gestos casi tiernos, se

resiste para no dejarse caer sobre su médico para abrazarlo. Cuando le habla —"tosa, inhale"— es con una voz benevolente en la que tal vez se podría notar cierta preocupación. El doctor B. la observa cuidadosamente, le receta un somnífero ligero, le recomienda ir a natación, unas vacaciones y, si está de acuerdo, unas sesiones con un psicólogo. Está sorprendida. ¿Sesiones con un psicólogo? ¿Pero por qué? Su vida es sana (toma un vaso de vino el fin de semana, consume verduras en todas las comidas y una vez por semana hace una caminata), su vida es plena (tiene amigos, un trabajo interesante aunque no le apasiona y un marido que la ama y al que ama). Es simplemente esa historia de no poder dormir. Hace más de 15 años que consulta a este médico y por primera vez desde hace mucho tiempo (todas esas toses, esos resfriados, esas torticolis, aquella apendicitis, esa horrible gripe, la úlcera y los dos falsos partos), el médico se levanta de su escritorio y le pone una mano en el hombro. Así, simplemente, un gesto de consuelo que la hace romper en llanto.

—Perdón, doctor, estoy agotada. No entiendo. Los estudios fueron buenos la última vez, ¿no?

—Los análisis sanguíneos están perfectos.

—Se lo voy a comentar a André. Quiero decir, lo de las sesiones con el psicólogo.

—¿André? ¿Usted va a hablar con André?

—Sí, no lo veo mucho, cuando me levanto él ya se ha ido, ya sabe, tiene mucho trabajo. Tiene excelentes proyectos en este momento. ¿Le ha platicado sobre ellos?

El médico le da una última palmada en su hombro y regresa a su lugar. La observa como lo ha hecho durante todos esos años, fijamente a los ojos, sin flaquear.

—No, André no me ha platicado nada. No lo he visto desde hace tres semanas. ¿Usted sabe dónde está?

Quiere hablar pero sus oídos comienzan a zumbarle, se ve en pijama, su cabello suelto, todavía es bonito su cabello. ¿no? Tiene en la mano el teléfono, es de noche, está sola y grita. Es de noche, el timbre del teléfono la acaba de despertar y no se acuerda de lo que dijo, pero sabe que gritó muy fuerte. ¿Dónde está André?

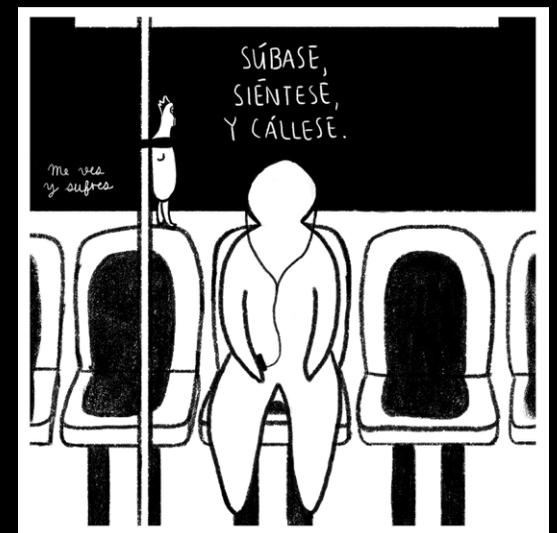
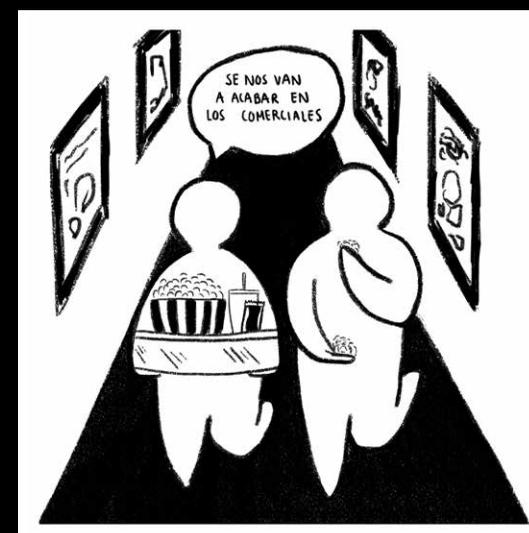
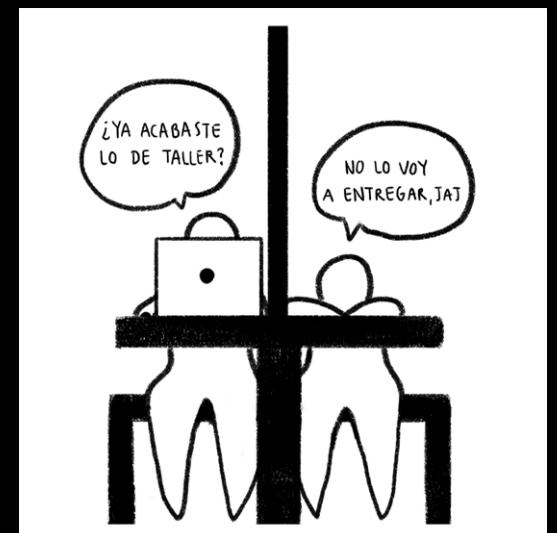
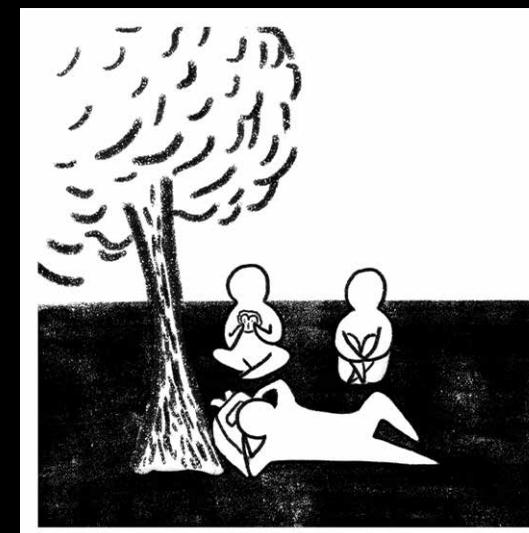
El médico no deja de observarla y ella no puede dejar de interpretar eso como un acto de dulzura, de gentileza y de honestidad. Se levanta, de inmediato se siente fuerte; es un sentimiento que le es familiar, nunca se



Daniela Guzmán. De la serie *A media luz*

deprime, parece que se va a caer, que esta vez va a ceder, pero no, se endereza, va a seguir su camino. Sonríe, hace su cheque y sale con su receta.

El doctor B. permanece sentado en su escritorio. Muy a su pesar, su corazón se estruja. Ve la hora, ya son las 19 horas y ya no hay nadie en la sala de espera. Quisiera poder seguir a esa paciente, acompañarla durante un momento, no ser su médico sino simplemente un amigo que tenga el valor de revelar lo que ha borrado de su memoria, pero que la despierta cada noche a la misma hora, como un fantasma que no ha terminado su trabajo. 📌



Sara Herrmann Estudillo. *Un mundo antes*

Concurso 51 de Resultados

punto de partida

D
Literatura
UNAM

CRÓNICA

PRIMER PREMIO

Los hijos del bicho
Mateo Peraza Villamil
Universidad Autónoma de Yucatán

SEGUNDO PREMIO

Invisibles
Raymundo Cordero Castro
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

MENCIONES

Santiagos
Omar De Felipe Solís
Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla

Emisarios sobre ruedas
Arturo Molina Hernández
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM (SUA)

Lo logré (seguir y dar lo mejor de uno mismo)
Miguel Ángel Altamirano Cárdenas
Escuela Nacional de Trabajo Social-UNAM

El difícil arte de amar
Mario Ortiz Murillo
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM (SUA)

JURADO: Yunuen Díaz y Leonardo Tarifeño

CUENTO

PRIMER PREMIO

Lucine en espirales
Arturo Diez Gutiérrez
Universidad de Guanajuato

SEGUNDO PREMIO

Cascada
Ricardo Guerra de la Peña
Facultad de Derecho-UNAM (SED, sede Mazatlán)

MENCIONES

Nigredo
Esteban Manuel Govea García
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Con el viento en contra
Naxhelli Vanessa Carranza Bautista
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

El regreso
Santiago Soto Rivera
Facultad de Estudios Superiores Acatlán-UNAM

Hard bop
Iván Medina Castro
Universidad Autónoma del Estado de México

JURADO: Joel Flores, Elpidia García Delgado y Carlos Martín Briceño

CUENTO BREVE

PRIMER PREMIO

A la orilla del lago
Natalia Bassoco Ruiz Esparza
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

SEGUNDO PREMIO

El camino
Mario Alberto Arroyo Arévalo
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

MENCIONES

Mar y niebla
Diana Reyes Duque
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Antes de la letra, la ira
Andrea Daniela Sánchez Domínguez
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Solsticio escópico
José Manuel Neri López
Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa

JURADO: Ave Barrera, Gabriel Rodríguez Liceaga y Laura Elisa Vizcaino

ENSAYO

PRIMER PREMIO

Periscopio
Marco Antonio Toriz Sosa
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

SEGUNDO PREMIO

Abolir la parcialidad
Arturo Molina Hernández
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM (SUA)

MENCIONES

Defectuoso
María Gómez de León López
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Autorretrato incompleto
José Daniel del Toro Martínez
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Norma Lazo, Luis Paniagua y Brenda Ríos

FOTOGRAFÍA

PRIMER PREMIO

Dormidos en el metro
Miguel Ángel Martiñón Calzada
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

SEGUNDO PREMIO

Lejanía
Eliás Rodrigo Gutiérrez Reyes
Facultad de Estudios Superiores Aragón-UNAM

MENCIONES

Lugar sobre el río teñido de blanco. 19.357586, -99.09238
Matías Carrasco Jiménez
Escuela Nacional Preparatoria Plantel 6 "Antonio Caso"-UNAM

A más ver
Mariana Leyva Gamez
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

JURADO: Lorena Alcaraz, Javier Hinojosa y Gerardo Montiel Klint

GRÁFICA

PRIMER PREMIO

Obra negra (homenaje a Posada), de la serie Reformar para progresar
Eduardo Barrera Ramón
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

SEGUNDO PREMIO

Motivos de fe
Leslie Lizet Hernández Conde
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM (SUA)

JURADO: Magali Lara y Carla Rippey

POESÍA

PRIMER PREMIO

El óleo y el cadáver
Roxana Cortés Molina
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

SEGUNDO PREMIO

Ese algún otro puede ser
Carlos Ignacio Sánchez Ramírez
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: César Cañedo, Elisa Díaz Castelo y Julia Santibañez

TRADUCCIÓN LITERARIA

PRIMER PREMIO

"La puerta del viernes" (en *El niño de arena*), de Tahar Ben Jelloun
Dulce María Griselda Quiroz Bustamante
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

SEGUNDO PREMIO

"La travesía" y "El sueño" (en *Breve elogio de los fantasmas*), de Nathacha Appanah
Ana Lucía Navarrete Rosas
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Nair Anaya y Alejandro Merlín

COLABORADORES



© Hugo Cruz

Dulce María Quiroz Bustamante (Ciudad de México, 1974). Estudió Letras en la FFyL UNAM, donde cursa la licenciatura en Filosofía.



Ana Lucía Navarrete Rosas (Ciudad de México, 1991). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas y Literaturas Modernas Francesas en la FFyL UNAM. Desde el 2014 es profesora independiente de francés para hispanohablantes.



Arturo Diez Gutiérrez (Xalapa, 1992). Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Actualmente cursa la maestría en Literatura Hispanoamericana en la UGTO. Ha colaborado en medios impresos y digitales.

Twitter: @DG_Arturo

Instagram: arturodiezgutierrez



Ricardo Guerra de la Peña (Ciudad de México, 1992). Escritor y tallerista. Becario del FONCA 2019-2020.

Twitter: @ricardoguerrap



Natalia Bassoco Ruiz Esparza (Ciudad de México, 1999). Estudiante de Ciencias de la Comunicación en la FCPYS UNAM. Ha publicado en *Escritoras Universitarias*, *Claro y Directo Mx*, *AUNAM* y *Punto de partida*.

Instagram: nataliabassoco



© Carlos Vex

Mario Alberto Arroyo Arévalo (Los Reyes, 1990). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la UMSNH. Ha publicado en *Punto de partida*, *Punto en Línea*, *Espora*, *Animalario* y *Marabunta*.

Facebook: arroyisimo



Marco Antonio Toriz Sosa (Ixtapaluca, 1996). Narrador y ensayista. Ha publicado en medios impresos y digitales como *Círculo de Poesía*, *Primera Página*, *Cuadrivio*, *Punto de partida*, *Punto en Línea* y *La Palabra y el Hombre*, entre otros.



Arturo Molina Hernández (Ciudad de México, 1991). Ha publicado en *Milenio Digital*, *Letralia*, *Liebre de Fuego* y *Penumbria*. Es autor de *Espinas* (2019), ganador del VII Premio Nacional Noveles Escritores de Bolivia (2016) y parte del equipo editorial de *Interliteraria*.



Roxana Cortés Molina (Acapulco, 1988). Obtuvo los premios de Poesía y de Ensayo Literario Joven (SECULTURA, 2018 y 2019) y el de Filosofía y Letras (BUAP, 2014). Fue becaria del PECDA (2017) y del Programa de Innovación Artística (IMACP, 2018).

Twitter: @roxanacortesm



Carlos Ignacio Sánchez Ramírez "Emir" (Ciudad de México, 1998). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL UNAM. Ha sido dos veces becario del Curso de Creación Literaria para jóvenes de la FLM. Forma parte de la *Revista Literaria Taller Igitur*.

• COLABORADORES •



Mateo Peraza Villamil (Mérida, 1995). Reportero. Ha publicado en *Efecto Antabus*, *Tierra Adentro* y *Punto de partida*.



Raymundo Cordero Castro (Nezahualcóyotl, 1999). Estudiante de la FCPYS UNAM.



Mateo Mansilla-Moya (Ciudad de México, 1994). Director General de *Cardenal Revista Literaria*. Ha publicado dos libros de poesía.



Elías Rodrigo Gutiérrez Reyes (Ciudad de México, 2000). Paramédico y estudiante de Sociología en la UNAM.

[@USARHM](#)



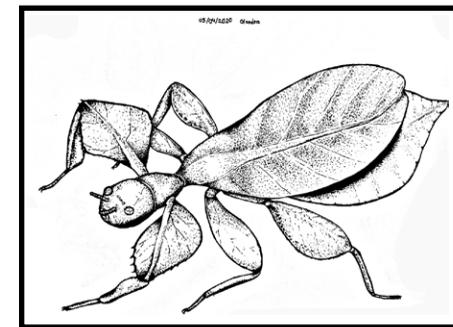
Leslie Hernández Conde (Zacatepec, 1983). Diseñadora gráfica por la UAM. Estudia Lengua y Literaturas hispánicas en la FFYL UNAM. Obtuvo el premio de Poesía "Miradas artísticas: del miedo a la esperanza" 2019. En 2020 publicó en *Encuentros 2050* y colaboró en la exposición fotográfica *Ciudad esa utopía tangible* en Museo UNAM Hoy.



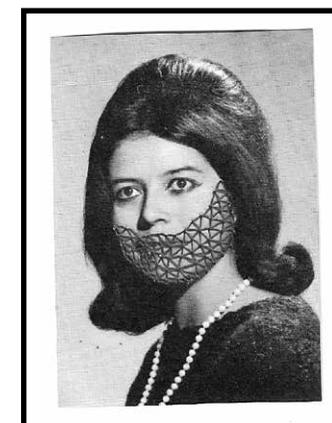
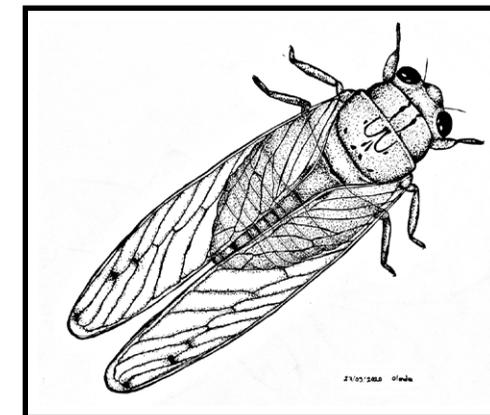
• COLABORADORAS •



Alondra Demari Guzmán Hernández (Mérida, 1998). Cursa la licenciatura en Literatura Latinoamericana de la Universidad Autónoma de Yucatán.



[_galois_](#)

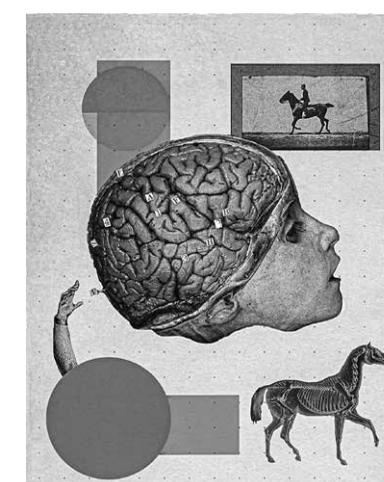


Daniela Guzmán (Tijuana, 1993). Estudió diseño textil en la Ibero Puebla, desde entonces se ha dedicado al *mixed media* y el arte textil bajo el seudónimo de "La crisálida humana".

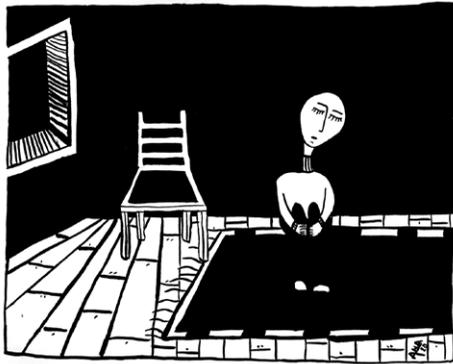
[lacriscalidahumana](#)



Miranda Guerrero (Ciudad de México, 1993). Escritora e ilustradora. Ha publicado textos en *Círculo de Poesía* y *Otro Páramo*, y collages en *Tierra Adentro*, *Casa del Tiempo* y *Punto en Línea*, entre otros medios



• COLABORADORAS •



© Mary Kouenaki

Ana Vargas (Morelos, 2000). Dibujante e ilustradora. Trabaja las técnicas de grabado, tinta y acuarela

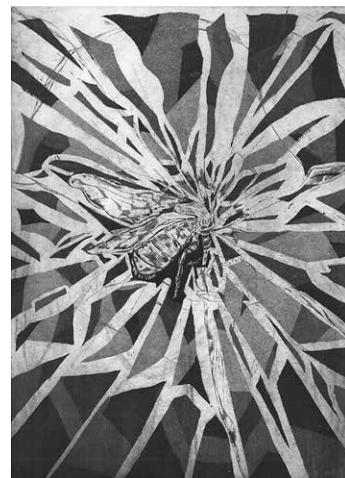


Cecilia Andrade (Ciudad de México, 1998). Estudiante de Ciencias de la Comunicación en la FCPYS y del diplomado "Fotoperiodismo, foto-video documental y proyectos fotográficos"

en la FAD, ambos en la UNAM. Colabora en *Voces de Quimeras*, *Colectivo Sprocket* y *Obturador MX*.

Instagram: cc_andrad

WordPress: ceciliaandrade20018383.wordpress.com

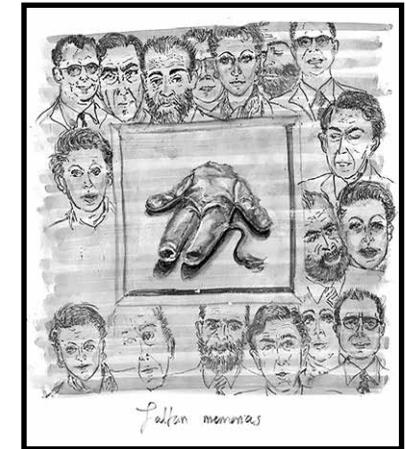


Viridiana Santamaría (Mérida, 1996). Estudiante de Artes Visuales en la Escuela Superior de Artes de Yucatán.

Instagram: viridianastmria



Alma Rosa Robledo Gaspar (Nezahualcóyotl, 1990). Pintora y dibujante.
Instagram: almarrosaerrege



Ixchetl Ro (Estado de México, 1996). Física biomédica por la UNAM, donde cursa la maestría en Ciencias e Ingeniería de materiales. Ha publicado ilustraciones en *Punto en Línea*.

Facebook: UnpardeojosmasBrjo

Instagram: un_par_de_ojos_mas



Sara Herrmann Estudillo (Puebla, 2000). Estudiante de Diseño Gráfico en la BUAP.

Instagram: thesuninyoureyez

